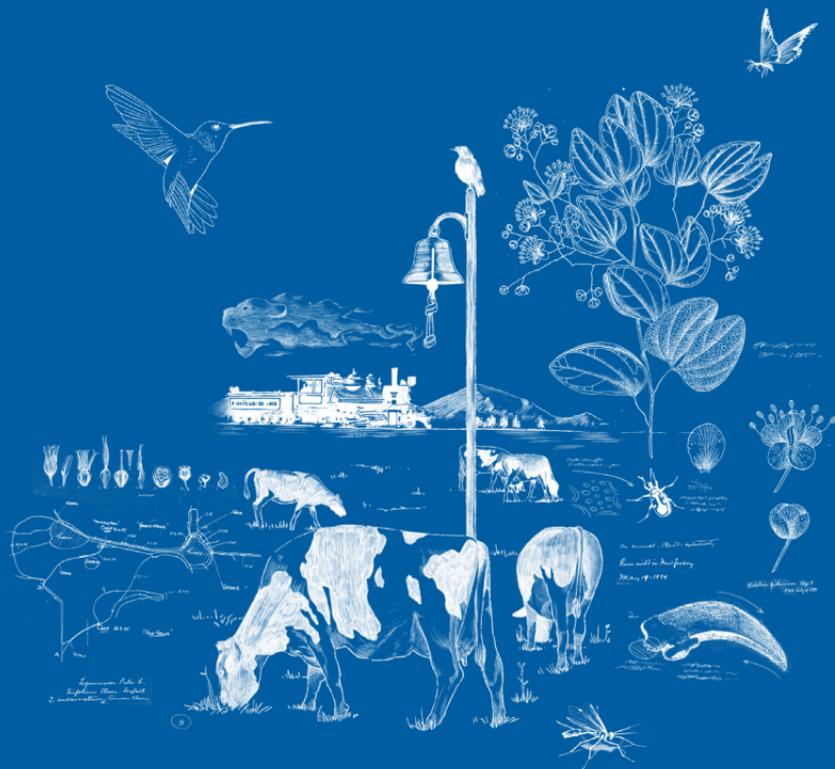


Antioquia Reimaginada 2022



CONCURSO DE CUENTO

Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2022 •

comfama

**El Concurso de
Cuento Antioquia
Reimaginada** nos
invita a vislumbrar **el
futuro de la región.**



**¿Te gustaría conocer más
sobre el Concurso de Cuento
Antioquia Reimaginada y
las bases para participar?
Ingresa a
www.cuentoantioquia.com**



Agradecimiento especial a la Gobernación de Antioquia en cabeza de Anibal Gaviria Correa, a Claudia García Loboguerrero directora de planeación de Antioquia y directora ejecutiva Agenda Antioquia 2040, al equipo de movilizadores y comunicadores de la agenda y al canal Teleantioquia, por la complicidad y el profundo compromiso por promover las letras y la cultura de la región.

© 2023 Comfama

**Consejo
Editorial**

David Escobar Arango
Paula Restrepo Duque
Perla Toro Castaño
Camilo López Arroyave
Paola Mejía Guerra
Mauricio Pérez Salazar

**Coordinación
editorial**

Juan Diego Mejía Mejía

**Asistencia
editorial**

Liliana Echavarría Callejas

**Corrección
de estilo**

Catalina Trujillo Urrego

**Diseño
e impresión**

Apotema S. A. S.
Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-628-7637-00-9
Impreso en Colombia

Comfama

www.comfama.com

Central de llamadas de Comfama 3607080

@comfama

@comfamaeducacionycultura

cuentoantioquia@comfama.com.co

Visión 2040

Antioquia
corazón verde de América.
Equitativa, educada, competitiva,
sostenible, multicultural y en paz.

comfama

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares, esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotográfico, magnético, electro-óptico, o por cualquier otro medio actual o futuro.

**CONCURSO DE CUENTO
ANTIOQUIA REIMAGINADA
2022**



Contenido

| | |
|-----------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| Acta del jurado | 11 |
| Categoría Infantil | 15 |
| <i>Cuento ganador</i> | 19 |
| <i>Finalistas</i> | 21 |
| Categoría Juvenil..... | 41 |
| <i>Cuento ganador</i> | 45 |
| <i>Finalistas</i> | 47 |
| Categoría Adultos..... | 65 |
| <i>Cuento ganador</i> | 69 |
| <i>Finalistas</i> | 71 |

Prólogo

¿Cómo nos vemos en veinte años? En esta tercera edición de Antioquia Reimaginada invitamos a los participantes a pensar nuestro departamento en el año 2040. El concurso es, por supuesto, una labor literaria con el claro objetivo de estimular la creación artística, pero es también una forma cierta de tomarles el pulso a nuestras gentes frente a lo que sienten y piensan, lo que imaginan y esperan.

Recibimos 2.716 historias. Urabá y el Oriente vuelven a destacarse como las regiones de mayor participación, aunque en esta ocasión también vimos un notable crecimiento de narradores desde el Bajo Cauca, Norte y Magdalena Medio. En una Antioquia tan diversa, nos alegran estas contribuciones que enriquecen con sus miradas este proceso y su resultado. Tan amplia participación no hubiera sido posible sin la realización de más de 231 talleres de creación literaria con grupos estudiantiles, maestros, gestores culturales, clubes de lectura y empresas desplegadas por todo el departamento. La Agenda 2040 de la Gobernación de Antioquia fue un gran aliado en esta edición del concurso, que además nos abrió las puertas de Teleantioquia para difundir la convocatoria.

Soñarnos un territorio, privilegio que nos es dado como capacidad profundamente humana, implica una reflexión de lo que hemos sido, lo que somos, lo que nos rodea, sopesando las diferentes fuerzas que confluyen en este artificio que llamamos sociedad y que en la invitación a imaginar el 2040 pasamos a proyectarlas. Resultan interesantes los contrastes de las perspectivas de los escritos que estamos publicando. Parece que existe un optimismo mayor en los cuentos infantiles y una aprensión que va creciendo frente a la suerte del mundo en la de los autores juveniles y adultos. Tal vez sea la conciencia clara de que los cambios que están sucediendo son movimientos planetarios que podrían escapar al resorte local. Aparece de forma recurrente y contundente el llamado justo y urgente a proteger la naturaleza y que en los cuentos reclaman árboles, ríos y animales que hablan. También están presentes la relación con la tecnología y cierto temor a la alienación. Nuestros desvelos locales son perfectamente universales.

En Comfama nos hemos propuesto catalizar el desarrollo de las regiones del departamento. Esto es, acelerarlo a partir de las oportunidades que van emergiendo, buscando así cerrar las brechas evidentes de las necesidades territoriales y sus habitantes. No nos imaginamos cualquier clase de desarrollo. Nos soñamos uno equilibrado, justo, regenerativo, en armonía con la naturaleza. Todas nuestras acciones en las regiones de Antioquia tienen este objetivo. Muchos de los cuentos que van a leer en la presente edición son voces que nos dan pistas importantes frente a la dirección que debemos tomar.

Vemos en las narraciones una Antioquia que con frecuencia nos deja perplejos. Sea esta una oportunidad para continuar el esfuerzo de entenderla. Una fuerte identidad cultural permanece donde se abren nuevas expresiones, pues en vez de un aparente estancamiento aparece una sociedad que va evolucionando, se está moviendo, va atisbando caminos, arranca acelerada, parece despeñarse, se devuelve, se pregunta, mira a todos lados, fuerzas la jalan, la empujan, la consienten, la hieren, la quieren y al final va tomando la iniciativa. No somos, pues, seres inermes ante los acontecimientos. No lo hemos sido. No lo podemos ser.

Nosotros, desde Comfama, les apostamos a las posibilidades de esta sociedad nuestra. A su resistencia, a su creatividad, a su amor por lo nuestro, al mejor lado, al más brillante, al luminoso, al del encuentro, al del propósito común, al de la alegría, al de la creatividad. Porque, al final, vivimos lo imaginado. Somos los cuentos que nos echamos; los que oímos y en los que creemos. Cuentos que interpretan nuestro pasado, explican nuestro presente y moldean nuestro futuro.

Después de un riguroso proceso de prelectura en el que maestros de lenguaje, editores y gestores culturales de la región escogieron los cien mejores relatos, los jurados, Darío Jaramillo Agudelo, Laura Acero y Andrea Vásquez eligieron a los treinta y dos finalistas y los tres ganadores de cada categoría.

Bienvenidos estos relatos que nos ayudan a repensarnos. Tal vez nos ofrezcan la conciencia renovada de lo que somos realmente capaces ante nuevas realidades; que condenas y premios eternos no existen. De estos relatos puede partir nuestra certeza del lugar en el mundo que debemos ocupar y de nuestro oficio frente al futuro. Y que escojamos el mejor que podamos construir para todos.

Mauricio Pérez Salazar
Responsable Regiones
Comfama

Acta del jurado

Los jurados de la tercera edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada, Laura Acero, Andrea Vásquez y Darío Jaramillo Agudelo, leyeron los 100 mejores relatos recibidos en esta edición del concurso y seleccionaron 32 finalistas y un ganador por cada categoría: Infantil, Juvenil y Adultos.

El martes 24 de enero los jurados se reunieron de manera virtual y decidieron seleccionar como ganadores a los siguientes cuentos y participantes:

Infantil

El café del 2040

Jerónimo Betancur Garzón, 12 años

El Carmen de Viboral, Oriente

Juvenil

Lo que fui

Yuliana Oliveros Saavedra, 17 años

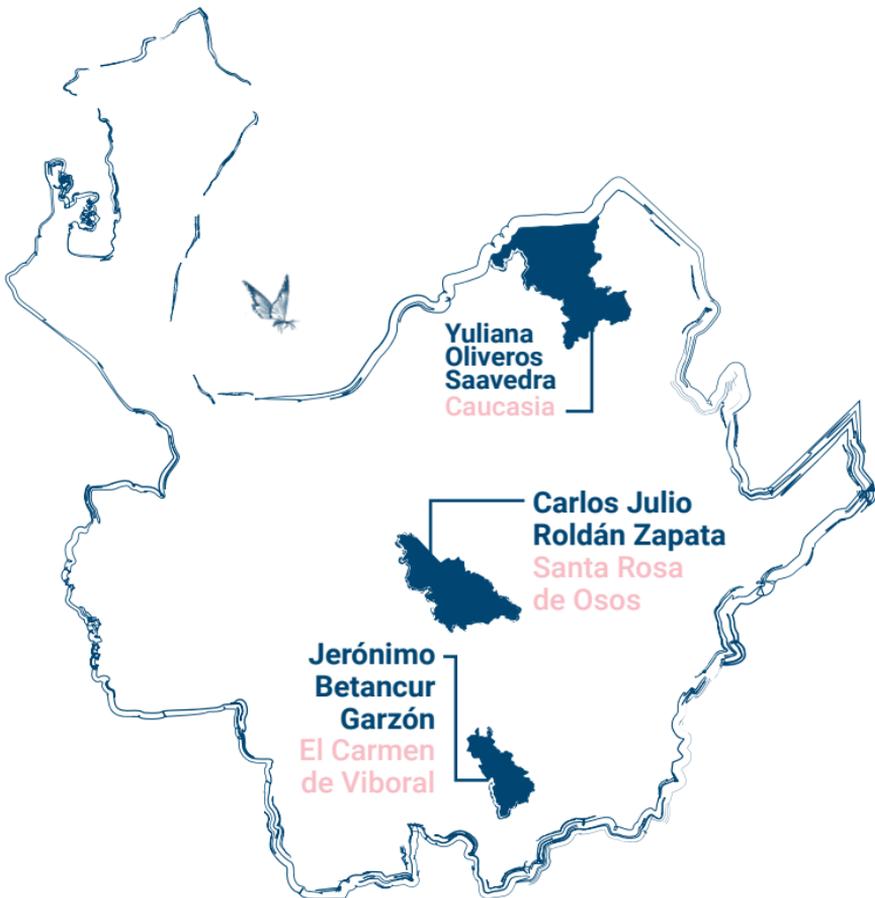
Caucasia, Bajo Cauca

Adultos

El brote

Carlos Julio Roldán Zapata, 49 años

Santa Rosa de Osos, Norte



Ganadores

Categoría Infantil

Ilustración:
Colectivo 6B GRAFFITTO | @6bgraffitto



Cuento ganador

N.º 1176

Título: El café del 2040

En cada grano de café se esconden diferentes tradiciones e historias. Su magia y sabor reposan debajo de su cáscara y son un himno a las costumbres antioqueñas. Este fruto posiblemente siga representando nuestra tradición cultural que continuará siendo resguardada por las imponentes montañas del departamento. Sin embargo, si pensamos en cómo será la industria cafetera en un futuro, posiblemente sea difícil de imaginarlo con claridad. La tradición y la esencia de los antioqueños se centran en la alegría y la perseverancia, pero sobre todo en las ganas de progresar, las cuales hacen que nuestro departamento crezca y siga creciendo. Nuestra historia empieza desde un pequeño árbol de café que habitaba en una de las imponentes montañas, al lado de muchos, muchísimos arbolitos más. Este era muy singular y diferente, puesto que era una especie particular de café. Cierta día empezó a escuchar ruidos muy fuertes y sintió unos grandes temblores. Fue creciendo poco a poco y se dio cuenta de que habían construido una pequeña carretera. Esto poco le importó y siguió luchando para dar su fruto. Siguió dando y dando fruto hasta que cierto día un pequeño cu-

carachero se sentó en una de sus ramas. Charlaron por un muy buen rato y el cucarachero le contó todo lo increíble que ocurría a su alrededor. El arbolito de café y el cucarachero se volvieron muy buenos amigos en ese entonces. Pasaron los años y el cucarachero le contaba cómo habían empezado grandes obras y que era cada vez más frecuente ver robots en la calle. Cierta día un grupo de personas se acercaron a él con palas y una gigantesca bolsa con tierra. Lo arrancaron y lo depositaron en esta bolsa, todo esto mientras su amigo el cucarachero lo observaba. Lo montaron a un auto y lo llevaron hasta un pequeño terreno despejado, cerca de un guayabo. Los hombres inflaron un gran globo mientras el cucarachero lo observaba desde el guayabo. Finalmente, este fue levantado por el globo que decía: «El primer árbol de café en llegar al espacio. 19 de abril de 2040». Este se elevó y vio todo aquello de lo que le había descrito su amigo cucarachero. Se veían grandes montañas y cultivos de café y plátano, e innumerables casas, grandes carreteras con buses de estampado con hojas y unos ríos limpios y cristalinos. En concreto, era un pedacito de cielo en la tierra.

Jerónimo Betancur Garzón, 12 años

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 365

Título: Amigos en la discusión

En un hermoso paraje se encontraron tres personajes, cada uno debía describir el lugar del que venía y los otros tenían que adivinar. Los nombres de estos personajes eran: Pasamaxi, Presenmaxi y Futumaxi; Pasamaxi dijo:

—Yo vengo de un lugar donde el relieve es bonito y la naturaleza muy buena para respirar, papá trabaja y mamá nos cuida, nunca nos enfermamos y cuando eso sucede nos aliviamos con plantas, nunca acudimos al médico y somos completamente libres porque no hay ladrones que puedan hacernos daño —concluyó Pasamaxi.

Presenmaxi dijo:

—Yo vivo en un lugar donde hay mucha tecnología y nos sirve para comunicarnos, jugar, estudiar, trabajar, transmitir música, etc. Nuestros papás trabajan y nos cuida la vecina, pero ellos dicen que es para poder comprar lo que necesitamos. Yo no puedo salir sin su supervisión porque hay peligro de lastimarme o de que alguien me haga daño en la calle. Nos teletransportamos con avión, helicóptero o carro en un pis pat poc —concluyó Presenmaxi.

Futumaxi dijo:

—Yo vivo donde todo se mueve por robots que, además, hacen nuestro trabajo; y no nos cuida ni la mamá ni la vecina, lo hace un robot. Los carros tienen la capacidad de volar, es decir, teletransportarse sin ruedas, así no atropellan a la gente.

Pero Pasamaxi comentó:

—¡Ja! A ti te cuidan robots y a ti la vecina, yo soy mejor.

—¿Ah sí, Pasamaxi?! ¡Los robots son super rápidos! ¡Tanto que nos ponen la ropa en un segundo! ¡Cof! ¡Y tú no eres tan rápido! ¡Cof!

Y Pasamaxi le dijo a Futumaxi:

—Tú tienes que usar una bombona de oxígeno para poder respirar y toses mucho.

Una lágrima gigantesca cayó por la mejilla de Futumaxi mientras decía:

—No, la población está tan avan... ¡cof! ...zada que el oxígeno se ago... ¡cof! ...ta y está muy conta... ¡cof! ...minado.

Entonces Presenmaxi comentó:

—Sí, no puedes respirar.

La discusión estaba poniéndose muy tensa cuando recordaron lo que debían hacer, entonces Pasamaxi dijo:

—Solo debíamos adivinar de qué lugar somos; yo soy de Antioquia.

—Y Presenmaxi dijo:

—¡Yo también soy de Antioquia!

Y Futumaxi, aún con sus lágrimas y con su terrible tos dijo:

—¡Y yo!

En ese momento los tres se miraron con tristeza. ¿Cómo podían estar hablando del mismo lugar? Entonces uno de ellos dijo:

—¡Ya sé! Lo que pasa es que hablamos de diferentes tiempos, es decir, de diferentes épocas.

Presenmaxi dijo:

—Hagamos algo para que los tiempos que vienen el ambiente pueda ser más bonito. ¿Cómo podríamos llamarlo?

Y todos respondieron:

—¡Pasenturo!

Y todos dijeron:

—¡Unámonos al Pasenturo!

Con este formaron una Antioquia mejor donde los robots trabajaban y las mamás cuidaban a los hijos, también sembraron árboles para tener más oxígeno, los robots recogían la basura al tiempo que invitaban a las personas a no tirarla al piso. Así Antioquia fue un lugar muy agradable y fueron amigos por siempre

Maximiliano Llanos Jiménez, 7 años

La Ceja, Oriente

N.º 427

Título: Una pregunta más del montón

Había una vez una niña que era estudiosa, alegre y dedicada a hacer las cosas con excelencia. Como una niña pequeña común hacía muchas preguntas, preguntas difíciles de responder y algunas sin sentido, hacía tantas preguntas que sus padres ya no le prestaban mucha atención. Un día en el colegio, como tarea, tenía que escribir cómo sería el departamento de Antioquia en el 2040. Se escuchaba tan compleja, pero no. La verdad, pensar cómo será donde vives en el año 2040 no es nada fácil, es bastante complicado, además si te quieres sacar una nota buena o excelente. Cuando llegó a su casa, le mostró la tarea a su madre, ella se quedó pensando y no dio respuesta alguna, le dijo que le preguntara a su papá. Así que tenía que esperar a que volviera a la casa del trabajo. Ella esperó con ansias, hasta que el padre volviera a su hogar. Cuando regresó a la casa lo saludó y le preguntó, desde la perspectiva de él, cómo sería Antioquia en el año 2040. Él también se quedó pensando y le dijo que no tenía idea y no sabía qué responderle, que le preguntara a la mamá. Ella volvió donde su madre y le contó todo, esta rio un poco y luego le dijo que tampoco sabía, que investigara en internet y luego escribiera lo que entendiera. Pero no le hizo caso y se preguntó a sí misma. Mientras pensaba, escribía en el cuaderno juiciosamente; le gustó el resultado. Al otro día, en el colegio, la maestra empezó a hablar preguntando sobre la tarea: «Bueno, estudiantes espero que hayan hecho la tarea. Comencemos con María. María, lee lo que escribiste». Esta asin-

tió y comenzó a leer: «No tengo la mínima idea de cómo será el departamento de Antioquia, es una pregunta más del montón por responder, pero desde mi perspectiva yo creo que habrá un metro bonito que nos desplazará de un departamento a otro, que todas pero toditas las casas serán digitales con compañeros de casa robots, que todas las carreteras estarán pavimentadas, que estarán limpiécitos los ríos con tanta fauna que ya no habrá inundaciones, que habrá más oportunidades de empleo y de estudio desde casa para que las personas puedan pasar más tiempo con sus familiares; estoy muy entusiasmada ya que en esa época habrá mucha mejora, y estaré más grande, quiero decir que estoy muy segura de que habrá todo esto, y más, la tecnología avanzará, espero con todo el anhelo y deseo del mundo que esto pase, y que miles de personas tengan acceso gratis a internet». Sus compañeros estaban callados, y atentos, luego aplaudieron, ella estaba feliz y contenta. Por dentro ella desea con todo el anhelo que pase eso y mucho más. Fin.

Merie Banquet Castro, 12 años
Apartadó, Urabá

N.º 624

Título: Sueño el futuro

Cómo sería Antioquia en el 2040, se preguntaba Luis, un ciudadano de Medellín. Él era alguien de pocos recursos económicos, no podía pagar la universidad, estaba inundado de deudas. En la noche se acostó y comenzó a soñar, veía que estaba en su casa, la vio muy diferente, revisó su calendario y quedó impactado, no decía 2022 decía 2040. Salió a la calle y vio que todas las casas tenían la misma arquitectura, había muchos árboles; fue a su universidad, preguntó cuánto valía la matrícula, le respondieron que era gratuita, quedó aún más impresionado. Se imaginó la gran cantidad de cosas baratas que habría. Llegó al metro y un póster decía que el tren recorría todos los 125 municipios de Antioquia y se dio cuenta de que la mayoría de cosas eran ecológicas. De pronto se despertó, quería seguir soñando. Se lo contó a su familia pero se rieron de él y le dijeron que eran locuras, él tenía fe de que así sería su tierra tan querida y que él sería parte de ese magnífico sueño. Luis se motivó por conocer acerca de los trenes eléctricos y su funcionamiento, se sumergió en el mundo de la robótica y la electrónica, ganó una beca para especializarse en estos dos campos en los Estados Unidos. Su familia, después de no creer en él, se sentía apenada por tratarlo de loco; ahora estaban tan orgullosos de los logros de Luis, mucho más cuando este realizó los planos de un tren eléctrico que recorría a todo Urabá. No era la visión que había tenido inicialmente, sin embargo, este era un proyecto que abarcaba de norte a sur todo el territorio urabaense,

iniciando desde Arboletes y terminando su recorrido en Mutatá. Este proyecto dio a conocer a Luis en toda Antioquia, ya que su obra generó un gran desarrollo para la región, trajo paz y mejoró la calidad de vida de muchas personas. La historia de Luis partió de una Antioquia soñada, convencido de que con esfuerzo y dedicación los sueños, o por lo menos parte de ellos, se pueden hacer realidad, y Luis está convencido de que es posible tener una Antioquia como él la soñaba.

Santiago Prada Pérez, 10 años
Apartadó, Urabá

N.º 821

Título: La pesadilla

Vivo en Antioquia, en una ciudad que está conformada por La Ceja, La Unión y Rionegro. Me llamo Miguel Ángel, estudio en la parte norte, mi madre y mi padre tienen que trabajar para pagar el oxígeno que respiramos, yo solo puedo salir de casa cinco veces a la semana para no gastar oxígeno, el agua se está acabando, los científicos tratan de encontrar la forma de crear agua artificial, en las noticias solo se ven las personas luchando por el derecho del aire y del agua. Hay un pueblo llamado Jericó que se ha preocupado por esto, por ello es el único pueblo con árboles, pues el alcalde ha creado un iglú para que crezcan; es el pueblo más visitado pero ninguna persona puede entrar, la sobrepesca es cada vez peor, al atún es la comida más costosa. Hmm, si le hubiéramos hecho caso a esa persona que dijo: «Lo podemos cambiar y hacer que todo esto desaparezca y que nuestro futuro sea mejor», pero no le hicimos caso, no creímos en lo que dijo. Creo tener una forma de solucionarlo. Es un tipo de música que se llama bacteriología y al escucharla nos podemos transportar al pasado; solo se puede escuchar una vez porque nos podríamos deformar, desafortunadamente no puedo hacer esto, tengo que cumplir quince años y solo tengo trece. Un día a la semana voy donde mi abuelo a escuchar sus historias de cómo era la vida antes, cómo él podía salir todos los días a jugar con sus amigos. Y me cuenta que había un río que se llamaba río Claro, era muy cristalino, se veía todo en su interior; él iba a pasear todos los fines de semana con su padre

y su madre, cuenta que «eran muy felices». Ya mi abuelo está viejito, ya tiene ochenta años. El 4 de marzo me dirigía hacia su casa. Cuando entré no se oían los tangos que tanto le gustaban y que cantaba con tanto sentimiento, solo escuché un silencio profundo, lo llamé varias veces, nunca me contestó, corrí a su habitación y allí estaba acostado sin respirar; en ese momento sentí una fuerte presión en mi cabeza, un sonido que me aturdí, todo se oscureció, mi corazón latía más de lo normal, me desmayé. Despertando en mi habitación, salí corriendo hacia la casa de mi abuelo, allí lo encontré con sus botas, escuchando los tangos que tanto le gustaban y le dije: «¿Abuelo, eres tú? Él me dijo: «¡Qué hubo, mijo! ¿Usted qué hace por acá tan temprano?». Y ahí supe que había sido una pesadilla. Lo abracé tan fuerte que no quería soltarlo. Y me pregunté sobre el futuro, ¿vamos hacer iguales?, ¿vamos a hablar igual?, ¿ese paisa que tanto nos destaca va a seguir existiendo?, ¿esa bandeja paisa no va desaparecer? O que esos pueblos tan bellos van a desaparecer. A Antioquia la podemos cambiar; si cuidamos el medio ambiente nos podemos salvar para que esa pesadilla no se vuelva real.

Miguel Ángel Gallego Patiño, 13 años
La Unión, Oriente

N.º 968

Título: 2040

Lucía despertó. Había soñado lo mismo de las noches anteriores sobre un lugar llamado Antioquia, la gente era amable y trabajadora, vivían en casas extrañas hechas con piedras rectangulares y una masa gris, a diferencia de ahora, con todo hecho de metal y cables. Era extraño porque nadie conocía ese lugar. Ella vivía en un lugar llamado Nersia, en donde nadie tenía relación con el pasado. Lucía se arreglaba para ir al cine, cuando su padre le dijo:

—Ve a mi oficina por unos papeles.

Lucía aceptó y salió. Recordó que una vez preguntó a su padre cómo eran las calles, pero por más que él intentaba no recordaba. Nadie lo recordaba. En la oficina encontró los papeles. De repente escuchó un ruido que venía de la oficina de la jefe de su padre, de nombre Taliana. Lucía se acercó sigilosamente a la puerta para escuchar.

—Debemos tener cuidado —dijo una voz de hombre. Lucía reconoció la voz del ministro de Economía.

—Tienes razón, tenemos que botar estos papeles —Era la voz del alcalde.

—Yo me encargo —dijo una mujer, la esposa del alcalde.

Lucía cogió rápido los papeles de su papá Alejo y se quedó esperando que alguien saliera. Cuando salió una mujer, Lucía la alcanzó y se le abalanzó cayendo ambas.

—Lo siento —dijo Lucía. Cogiendo los papeles de la mujer.

—Ten cuidado —dijo la mujer.

Lucía corrió a su casa, encerrándose en su habitación. Nerviosa, decidió ver el contenido de las hojas. No lo creía, hablaban del lugar de su sueño, Antioquia, decían que la gente estaba llena de valores, hablaban de comidas típicas, algo llamado bandeja paisa, arepa; un lugar muy biodiverso, al final estaban las coordenadas del lugar.

—Pero ¿cómo? —se preguntó Lucía.

¡Las coordenadas eran las de Nersia! Era extraño, ¿por qué esas personas no querían que nadie lo recordara? Algo era seguro, tenía que hacer que todos lo supieran. Su padre tenía una reunión en el congreso, era la oportunidad. Salió en su patineta voladora porque el congreso era en el aire. Al ingresar fue rápido a la reunión sabía que era en vivo.

—¡Alto! —gritó.

Los presentes se sorprendieron, su padre estaba al borde de un ataque. Ella corrió a la tarima.

—¡Escuchen, hay una razón por la que nadie recuerda el pasado y es por culpa del alcalde, su esposa y el ministro de economía!...

Hubo gran sorpresa.

—Demuéstralo —exigió el alcalde.

Lucía leyó todo lo que estaba en esos papeles. Cuando terminó, todos recordaron el pasado, qué hacían, cómo era todo. El alcalde y el ministro intentaron salir, pero les cerraron el paso.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó un hombre.

—Empezó en el 2028 decidimos que el pasado era peligroso, así que lo borramos de la mente de los antioqueños —respondió el alcalde.

Desde ese momento las cosas cambiaron, aunque siguieron igual las casas y la tecnología, la cultura volvió de nuevo, era Antioquia, volvían sus cuentos, su comida y los sentimientos. Fin.

Luciana Pérez Parra, 13 años

Fredonia, Suroeste

N.º 1140

Título: Así es la Antioquia en la que vivo

De: Pancho

Para: Ángel

En el 2040, cuando la ciudad y el bosque cooperan y no se utiliza gasolina ni petróleo para que los autos funcionen, Antioquia es uno de los departamentos más desarrollados de Colombia y la impulsan a ser de los mejores países. Hay edificios llenos de vegetación y muchos cultivos. Las personas respetan a los animales, y hasta a los insectos. La vida es muy buena, el crimen, el robo y los delitos han bajado mucho y se está considerando no tener policías. Y no necesariamente todo tiene que ser futurista, pero sí que convivan con la naturaleza. Y yo soy Pancho, una persona normal y corriente, ni rica ni pobre, aunque en Antioquia ya no existe la pobreza, se ha reducido hasta un 99.9%, yo necesito ir a comprar frutas, mecató y carne; con el tema del mecató y la carne pasa distinto, pues ya no se explotan animales para productos, sino que cuando estos están viejitos, simplemente cuando mueren, los usamos para consumirlos, pero con un proceso de desintoxicación. Y los animales también tienen una muy buena calidad de vida, pues ya no se les dan toxinas para que crezcan y mueran rápido, todo a su debido momento, y esto ha ocasionado que la carne se vuelva más cara, pues ya no hay tanta carne como solía haber hace veinte años. Y con el mecató también pasa otro proceso, sigue habiendo el mismo mecató, incluso dulces nuevos, pero hay una diferencia, ya no se utiliza plástico para hacer las envoltu-

ras, y el que se utiliza es llevado a reciclar y entonces así es como se soluciona el problema de la contaminación y de la explotación animal. Los trabajos ya no son tan duros y sobreexplotadores como antes, de hecho, hay supermercados que abren las veinticuatro horas del día los siete días de la semana, pero no hay personas atendiendo, tú mismo compras las cosas y te las llevas. Me gusta ir al bosque para convivir con los animales, y en realidad esto no es tan difícil, pues mi casa es una casita en el bosque, pero aun así no está lejos del supermercado y de la ciudad, ya que en mi auto eléctrico me demoro aproximadamente diez minutos en llegar, de hecho, en algunas partes de la ciudad es irreconocible saber que estás en ella, ya que todo está lleno de árboles y las casas llenas de plantas y animales. Y si piensas que una serpiente se puede meter a tu casa, pues no, todas las casas (excepto los balcones, donde se debe tener un poco más de precaución) tienen un buen sistema contra plagas, serpientes u otros animales que se te puedan meter a la casa, entonces por eso la ciudad convive con el bosque. No todas las partes de la ciudad están conectadas con el bosque, aunque la gran mayoría sí. Bueno, Ángel, espero alguna vez tener una máquina del tiempo (que ya están inventadas), para visitar esas épocas. Atentamente, Pancho.

Ángel Otálvaro Trujillo, 11 años
Guarne, Oriente

N.º 1599

Título: Un regalo para mi abuelo

Sahara tenía siete años cuando decidió ir a buscar el regalo adecuado para su abuelo; cogió unas galletas y a su hámster, Dolly, y partió corriendo.

—Suéltame, me aprietas muy duro —dijo Dolly.

—Perdón, no sabía —dijo Sahara algo preocupada por su amiga.

Paró en seco y la puso en el bolsillo de su camisa, corrió para alcanzar el metro que la llevaba al hospital San Vicente que queda en Rionegro. Debía llegar a tiempo al inicio de la convención donde repartirían los chips para ser implantados en la médula espinal y reactivar el movimiento de las piernas. Al llegar a la estación Marinilla del Metro, se dio cuenta de que no tenía la Cívica, por lo cual decidió pasar pegada de un anciano que en ese momento cruzaba; alcanzó a ingresar en el último momento, justo cuando las puertas se estaban cerrando y se chocó con su hermano mayor, quien empezó a perseguirla por todos los vagones, hasta atraparla para llevarla de regreso a casa. Su hermano estaba a punto de llamar a su madre cuando Sahara se zafó y corrió para lograr salir antes de que cerraran las puertas, en ese instante notó que Dolly no estaba en su bolsillo, que debió caerse en el forcejeo con su hermano. A lo lejos la vio y alcanzó a cogerla y cruzar las puertas.

Después de ese incidente Sahara fue hacia el hospital San Vicente, llegó justo a tiempo al inicio de la convención, cuando notó que Dolly no estaba de nuevo en su bolsillo y la vio

entre la multitud cruzar y subir al escenario, hacerse al lado del presentador que en ese momento decía: «Sean bienvenidos a la convención n.º XIV de Medicina, en la cual presentaremos la nueva tecnología para lograr la movilidad de personas con lesiones en la médula espinal». Justo en ese momento Dolly subía por la pierna del presentador, al notar el movimiento inusual comenzó a brincar y a gritar, la gente entró en pánico y se aterraban al ver una rata en tan prestigiosa institución, los guardias de seguridad fueron para matar la rata mientras que Sahara corría más rápido para rescatar a su amiga. Cuando estaban a punto de atraparla notaron que Dolly tenía un bocadillo de queso que había robado del bolsillo del presentador, tal situación dio tanta risa que olvidaron matarla. Sáhara llegó corriendo a coger a Dolly mientras ella decía:

—No te olvides del bocadillo de queso.

El presentador notó que la niña tomaba en sus brazos y guardaba en su bolsillo a la rata y se acercó a preguntarle por qué hacía eso, a lo que la niña respondió:

—Dolly es mi mejor amiga, me acompañó desde Marinilla hasta aquí solo para buscar el regalo perfecto para mi abuelo, quien no puede caminar por una lesión en la médula. ¿Cómo podría abandonarla, aunque se meta en problemas?

Conmovido, el presentador abrazó a la niña y dio el primer chip para que su abuelo pudiera caminar.

Samuel Quintero Aristizábal, 11 años
Marinilla, Oriente

N.º 10017

Título: Imaginando el presente

A lo lejos, veo el éxodo de cuerpos y sombras abandonando Santa Fe de Antioquia, o lo que fue alguna vez. Ahora Santa Fe está inundada de estructuras coloniales en ruinas tomadas por la madre naturaleza, allí, en un pasado, las fiestas eran de lo mejor, pero ahora solo son recuerdos grabados en espacios agrietados. El ser de las plantas es el único dios; no queda ni un alma, solo queda un ser natural que busca la paz con sus hijos los animales: Son los únicos cuerpos que habitan la soledad de los bosques que un día fueron calles empedradas. Los techos de las casas son el cielo que cambia con el pasar del tiempo, las paredes son ramas que cubren lo aprendido en las antiguas risas, el ruido del estrés es el nuevo canto de los pájaros que buscan la libertad en el óxido de los objetos abandonados donde ella cobra su venganza por el daño que le hicieron, intentando encontrar de nuevo su maravilloso ser, volviendo a recordar una Santa Fe vieja.

Rossana Alcaraz Coronado, 12 años

Santa Fe de Antioquia, Occidente

N.º 10669

Título: La maleta nueva

Son las 10:10 a. m. Como siempre, están retrasados. Desde que recibí la llamada no he podido dormir, mi madre murió hace poco y es muy posible que yo lo haga muy pronto, o puede que no, pero mi mente no para y los minutos no pasan o al menos para mí. Qué difícil depender del tiempo de otra persona. 10:21 a. m. Me paro a buscar un te; pregunto en información y me contestan sin mirarme a los ojos, en diez minutos la atenderemos. 10:30 a. m. Puedo esperar diez minutos más, es posible que hoy mi vida termine, bueno, o la eterna monotonía de ella, son tantas las cosas que tengo por hacer, salir a pueblar, nunca tuve el tiempo suficiente, mi trabajo y cuidar a mamá por tantos años lo hizo imposible, tantos libros por leer, comidas por probar, pocas veces excedo dos copas de vino, empiezo a hacer una lista de cosas por hacer antes de morir cuando escucho mi nombre en el corredor, mis pies no responden, lo escucho de nuevo y levito hacia el consultorio, dos especialistas me esperan: el doctor Samuel Quiroz, y un médico joven que no recuerdo bien. Tomo asiento y ratifican lo que ya imaginaba: cáncer de mama; en realidad, no me asombra, sabía que era una herencia. Después del diagnóstico no escuché nada más, hablaron, pero yo no estaba allí, solo mi cuerpo cancerígeno queriendo escapar a empacar mi maleta, saldría de viaje. Al final, Juan Pablo Hernández, el médico más joven, oncólogo de una facultad estadounidense, pide que me quede, seguramente quiere completar mi historia clínica. Mi sorpresa más gran-

de fue cuando me dijo: «Profe, la invito a almorzar, tenemos muchas cosas de qué hablar». En ese momento lo miré y traté de recordarlo; le contesté que aún era temprano, él respondió con una sonrisa: «Mejor, tenemos más tiempo». Casi le grito, ¡tiempo es lo que no tengo!

Mientras colgaba su bata trataba de ubicarme en el tiempo y el espacio donde estaba, es habitual que me encuentre exalumnos, pero mi oncólogo es un poco irreal. Recuerdo a Juan Pablo, un niño amable, perspicaz, que siempre estaba queriendo saber de más, su mamá murió de cáncer cuando estaba en quinto y a los pocos días viajó a vivir con su tía, fue poco lo que supe de él en todo este tiempo. Fue un almuerzo agradable, por un momento olvidé mi realidad y me adentré en aquel joven de treinta y dos años y sus aventuras por el mundo. Cuando salí de allí compré una maleta nueva, comenzaría a pueblar por Antioquia con el fin de empezar mi tratamiento médico, Juan Pablo me dijo que estábamos a tiempo y un nuevo avance médico me daría la salud que mi cuerpo necesitaba, en veinte años la ciencia ha avanzado mucho, yo solo quiero conocer, viajar; mi estudiante ya lo había hecho, ahora me toca a mí.

José Miguel Ríos Tobón, 11 años
Yarumal, Norte

Categoría Juvenil

Ilustración:
María Alejandra Pérez | @Ale_Perek



Cuento ganador

N.º 1814

Título: Lo que fui

Muchos estudios decían que yo me iba a desaparecer para un futuro próximo y otros decían que yo siempre existiría. La verdad es que yo era la segunda arteria fluvial más importante en Colombia, yo venía del departamento del Cauca, recorría dos cordilleras y fui afluente de mi mejor amigo el río Magdalena. En todo mi recorrido pasaba por 180 municipios, pero me entristecía cuando atravesaba los municipios del Bajo Cauca, porque en este tramo, desde mis orillas perdí mi metal más precioso, el oro, y así fue como me contaminaron con metales pesados tóxicos, sin contar los residuos sólidos que arrojan desde la cuenca alta a lo largo de mi camino. En época de subienda muchos de mis peces buscaban aguas frescas donde desovar y la mayoría eran atrapados, y a veces no llegaban a su destino para reproducirse, muchas especies se intoxicaron con diversas sustancias, a causa de la minería y otras actividades humanas, cambiaron sus características físicas y hasta yo me vi afectado. En mi paso por todos estos municipios rumbo a mi desembocadura construyeron una hidroeléctrica que me hizo salir de mis casillas, cuando me dejaban en libertad por el vertedero me salía de mi cauce, inundaba muchas tierras y ahogaba sus

cultivos, algunos humanos me odiaban; cuando llegaba la época seca perdía caudal y se morían muchos de mis animales, extraían mi arena para construcción y algunos se aprovechaban de mi deshidratación sumergiéndose en mí. Yo fui todo eso que ves aquí, y ahora no soy ni la sombra de lo que era antes, yo fui el río Cauca, y ya no tengo el mismo caudal, me convertí en un riachuelo sucio y contaminado que se calienta con el calor del sol y que solo da vida a bacterias. Todos mis peces se extinguieron y mis hermanos (los ríos) ya no tienen dónde descargar sus aguas. Y humanos, ya no tienen de qué preocuparse, porque no me verán dentro de sus casas, y ya no dañaré sus enseres, pero me recordarán.

Yuliana Oliveros Saavedra, 17 años
Caucasia, Bajo Cauca

N.º 247

Título: El árbol que no crecía

Una vez, un campesino tenía muchas semillas y quería plantar con su hijo pequeño algunos árboles, él tomó algunas y le dejó una a su hijo, su hijo le preguntó por qué no le daba más, y él le respondió que esa era especial, su hijo se quedó mirando curiosamente la semilla, no era nada especial, era café y arrugada; para él, era fea. Su padre dedicó una parte de la finca para sembrarlas y empezó a cavar pequeños huecos para poner las semillas, las organizó rápidamente y terminó. Su hijo, que apenas se inmutó, copió los movimientos de su padre torpemente, pero acabó, tocó con sus manos la tierra donde estaba la semilla y le pidió por favor que creciera muy muy alto, más alto que los demás árboles, y luego con mucho amor roció un poco de agua. Todos los días el padre y su hijo iban a visitar los árboles para ver su crecimiento, los árboles de su padre crecían de a poco, con pequeñas hojitas verdes y brillantes, sin embargo, la de su hijo no se veía ni con ánimos de salir de la tierra. Al pasar los meses, un día la semilla del niño germinó, se dejó ver una pequeña plantita de no más de un centímetro, pero para el niño era el comienzo de un gran árbol. Por otro lado, los árboles de su padre ya iban en planta, eran medianos y fuertes. El niño todos los días regaba la planta, esperando que algún día,

esta creciera alta y fuerte como para darles sombra a muchos animalitos. Al pasar los años el niño, ya no tan niño, se había vuelto un adolescente, ya no tenía alguna esperanza de que creciera, seguía siendo una planta a comparación de los altos árboles de su padre, sin embargo seguía regando con cuidado todos los días. El árbol también se preguntaba a sí mismo por qué no crecía; era una planta debilucha, con hojas delgadas y finas, se sentía inútil al lado de los demás árboles porque no se sentía como lo que era, un árbol. Pasando las dos décadas, el árbol ya podía alcanzar a los demás, e incluso se veía más fuerte y alto que los de su alrededor, el niño, ahora adulto, seguía visitando el árbol que una vez sembró con su padre, que ahora difunto lo recordaba cada momento que visitaba sus árboles, le hacía saber que su árbol, del que antes no tenía esperanza, crecía cada vez más, siendo sombra y compañía para él en sus peores momentos, en los que se dedicaba a admirar su árbol con el paisaje, y que el amor con el que sembró la semilla mantenía vivo al árbol y ese mismo amor mantiene vivo el recuerdo de su padre en su corazón.

Sofía Rodríguez Junco, 14 años

Apartadó, Urabá

N.º 601

Título: La historia de un departamento que ya no es

Hola, me llamo Blue, vivo en el planeta Tierra, en C-An32, pero para que se ubiquen se llamaba Antioquia, fue necesario cambiar el nombre después de «El incidente». Verán, hace mucho tiempo, como veinte años, Antioquia no se veía como se ve ahora, todo el planeta estaba lleno de plantas y árboles y ríos medianamente limpios, PERO, a un «genio» se le ocurrió que eso no era suficiente, así que se propuso crear algo nuevo. Fue allí, 2026, año en el que la fiebre del petróleo llegó a la humanidad, y al «genio» se le ocurrió una de sus mejores ideas, la Perforadora AF7. De ella decían las personas: «bajo tierra vivirá». Esto duró hasta que el precio del petróleo disminuyó. Después llegó la época más corta de la historia antioqueña, aunque tenía su propio lema: «Árbol que crece en tres días perece». Entre sus nuevos inventos el «genio» creó dos cosas, la C-75, que era algo así como una máquina con sierras enormes que cortaba árboles en 0,13 segundos, y me creó a mí, el primer robot de inteligencia artificial. Él tenía una hija que me trataba muy bien, ella era muy distinta a su padre, se llamaba Silvia, que significa bosque, ella soñaba con ver el planeta limpio, o al menos el departamento. Aún recuerdo lo que solía decir de las máquinas de su padre:

Máquina de hierro,
máquina de carbón,
unas cortan césped otras al sembrador.
Máquina con sierras,

máquina de horror,
deja al planeta Tierra sin su pulmón.

Luego de esta masacre a los árboles el agua empezó a escasear, así que como siempre el «genio» tenía una nueva máquina que presentar; la WaterFinder era la máquina recolectora de agua más comprada del país, podía albergar hasta mil litros de agua. Lo malo era que esto dejó muchas comunidades sin agua, fue en ese entonces cuando comenzó... Todas las comunidades que no tenían agua hicieron una protesta más larga que la guerra fría, y al ver que no obtenían respuesta por parte de su gobierno simplemente se tomaron el poder, convirtiendo lo que un día fue Colombia en lo que hoy día es CC-35, 35 por el número de países del continente americano.

Agua de mi tierra,
agua de deshonra,
no importa cuántos mueran,
solo cuantos me la compran.

Sí, ese era el dicho de todo el mundo. Con la escasez del agua muchos murieron, y como no había árboles el aire venía de unas máquinas raras, además de que muchos lugares se volvieron inestables por las máquinas que perforaban el suelo. Para terminar, quiero decir el último poema que escribió Silvia antes de morir:

Noches de silencio,
noches sin tranquilidad,
en un planeta desierto
que algún día llamé hogar.
El suelo está enfermo

y nos va a matar,
porque no pensaron más allá.
Más allá del dinero,
más allá del poder.
Solo quisieron egoístas ser.
Y termino mi poema
y mi vida también,
la que me arrebataron
con un sueño de riquezas tener.

El fin.

Manuela Vargas Rueda, 14 años
Abejorral, Oriente

N.º 889

Título: El silencio de la abuela

A papá se lo llevaron los búfalos... Dijo la abuela, el peluche de lunares que me dejó tiene una bala en su pecho.

—Es un hueco —dijo la abuela—. Solo se descosió.

Ella escondía la cruel realidad, pues yo solo soy una niña. El abuelo toma aguapanela y la abuela le empaca aguamasa, el abuelo va a trabajar; la abuela nunca respondió a mí pregunta:

—¿Es verdad que el abuelo trabajó con coca? —Pues era un rumor de los vecinos.

—El abuelo solo es un campesino; él cosecha y siembra para esos señores, pues no hay nada más que hacer, hija.

—Pero ¿sí es coca? —vuelvo y pregunto.

Mi abuela dice que soy muy joven para entenderlo. Mi abuela nunca respondía a mis preguntas, al menos no con certeza. Pero en mi habitación hago un libro con las más dulces e inéditas poesías, basadas en lo que le pasó a papá, las confrontaciones que hay en el colegio, en las que la señora Marta siempre nos tira al suelo y nos tapa los oídos, en el temor que hay en el viento de mi tierra querida y dolida... Machuca. Trato de descubrir quiénes son los «búfalos» que se llevaron a papá, en el fondo yo sé que son esos hombres con capucha y chalecos vestidos de negro y verde a los que todos le corren, mi abuela no quiere decirme el porqué, pero lo descubriré. Ya son las seis de la tarde, hora de merendar, la abuela siempre me da aguapanela con pan, así que salgo de mi habitación contenta y tarareando mil cantares, con mi muñeco de lunares y oigo a mis abuelos

hablar de una dura situación, no pude descifrar qué era, pero ese día algo cambió en la abuela, sentí la tempestad al ver los ojos de ella.

Le pregunté:

—¿Qué pasa?

Pero como no era de asombrarse, la abuela callada, ella no me dice nada. El día se bajó, las nubes se escondieron, solo recuerdo ver el cielo negro, yo perdía la esperanza y aún sin saber qué esperaba. Al día siguiente me levanto y no está el abuelo. La abuela con los ojos nublados solo me dijo:

—Se acabó el trabajo, se tenía que ir a Venezuela con los muchachos a trabajar un colino para poder traernos la papa" abraza a la abuela, mientras veía caer lágrimas en sus mejillas. No pasaron dos minutos y escuchamos tocar la puerta, era la vecina, esperando a por nosotras, yo no entendía nada, la abuela estaba asustada, pero ya tenía dos costales de ropa listos. La abuela tan misteriosa, como era de esperarse, solo apretó mi mano mientras cruzábamos esa puerta, y de ese día solo recuerdo haber pasado la cañada, alejarnos del pueblo.

—Hay que empezar de cero —decía la abuela.

La vecina y sus hijos parecían seguros, recuerdo ver montañas y mucha gente abismada. Fue así como ese día dejé mi rancho, nos fuimos del pueblo, y hasta ahora entiendo... el silencio de la abuela.

Yarleidy Palacios Cabrera, 16 años

Olaya, Occidente

N.º 1623

Título: 5475 días y 18 horas o 2040

Quince años pasaron desde que hablaron y soltaron sus y nuestras desdichas. Ya el tiempo se me está agotando, me estoy quedando ciega, me tiemblan las manos, uso pañal y cada día estoy más malhumorada. Ninguna ayuda me sirve, quiero que todo pase y ya, no me preocupo por nada gracias a que mi pensión de maestra, que milagrosamente el gobierno de ultraderecha no me ha quitado, cubre todos mis gastos. Lastimosamente sigo esperando el Alzheimer para olvidar que hace 5475 días y 18 horas nos prometieron que iban a hablar dónde estaban. ¡Esos hijueputas qué van a hablar! Rabo de paja es lo que tienen.

—Mija, mirá, nos llegó una carta.

—¿Cómo que una carta? Eso en 2040 quién va a enviar una carta, hombre, eche p'acá a ver. Y sí, era verdad, una carta enviada del Instituto para las Víctimas, ni ganas tenía de abrirla, pero Arciro me insistió, ese viejo sí que güevonea. Pues la abrí y más que un notificado era la invitación a recoger el cuerpo del hijo que perdí con tan solo nueve añitos, Jhoan se llamaba, una vez que volví de dar clase en una vereda estaba toda la casa desordenada y sus cosas ya no estaban, ahí supe que se lo llevaron quién sabe para dónde; me arrebataron lo mejor que tenía, él había sido una bendición completa y ya no estaba con sus juguetes por toda la finca, no, probablemente le tocó cambiar su oso de peluche por un fusil. Yo no quiero ir por el cuerpo, hace rato que dejó de ser mi hijo, no me lo

imagino matando personas o incluso torturándolas, eso para una madre es imposible de imaginar, me parte rotundamente.

—Rosa, ¿entonces qué vas a hacer?

—Espérame aquí, Arciro, yo traigo una cosita. Desde que los soldados hablaron en la Comisión de la Verdad el país se escandalizó por todo lo que habían hecho y el Gobierno con más velas en el entierro que cualquier militar no hace nada, nunca hace nada. Arciro, ¿sabes dónde puse las pastillas para dormir?

—En la mesita de noche, hija, dónde más.

Cada día de mi vida pensé en Jhoan, no puedo decir que no, igual no es lo mismo, por eso ni voy por allá, total y apenas tengo pago mi propio entierro, ahora para el de un asesino.

—Rosa, ¿qué estás haciendo? No te tomes tantas pastillas para dormir, eso te va a matar. ¿No tenemos que ir pues por el niño? Allá nos está esperando para que lo enterremos.

—Eso es justamente lo que no quiero, no quiero enterrar a un sicario, por eso me voy a matar, porque se lo llevaron a él, pero a mí no me van a llevar también, no, a mí no.

Santiago Carmona Rendón, 16 años

Sonsón, Oriente

N.º 1836

Título: La mujer del río

Había una vez, una muy bonita y misteriosa mujer que vivía a la orilla de un río. Ella solía entonar fantásticos cánticos en las noches y mañanas. No hablaba con nadie, pero sí ayudaba a cuanta persona lo necesitaba, razón por la cual se había ganado el cariño y la admiración de todos los residentes. Cierta día llegaron unos ingenieros a construir una gran presa para generar mucha energía, y en vista de que ella no salía por voluntad propia decidieron hacerlo por la fuerza. La ataron de pies y le colocaron una camisa de fuerza, pues la llamaban loca. Ella, queriendo zafarse, lanzaba gritos y alaridos a todo pulmón. Sus ojos negros y grandes brillaban con tanta intensidad que resultaba intimidante para estas personas; entonces más fuerte la ataban. Sin embargo, muchas personas que se oponían a la construcción de dicha presa, al ver el trato que le daban, se fueron contra aquellos que la lastimaban y lograron dejarla en libertad. Ella contemplaba cada parte de su cuerpo que fue lastimada, mientras por medio de gestos auguraba el peligro que esta construcción traería consigo. Entonces, adentrándose en la espesura de la montaña, huyó cual cervatillo que ha sido liberado de las garras de un depredador. Pasaron varios años y nadie más en aquel lugar volvió a tener noticias de aquella mujer, era como si se la hubiese tragado la tierra. El río redujo considerablemente su caudal y muchas especies que allí habitaban terminaron muertas y otras desplazadas, mientras que la presa ya casi finalizaba su construcción. Se llegó el tan anhe-

lado día, las compuertas se abrieron y encendieron las turbinas, sin embargo, estas comenzaron a vibrar con tanta fuerza que provocaron grandes grietas en la montaña y en la presa. Y como si estuviera pidiendo a gritos retomar su control, el río enfurecido comenzó a expulsar agua en grandes cantidades por cada abertura, tumbó la presa y se llevó a todos los ingenieros y demás personas que habían ido a presenciar lo que sería la inauguración de la prometedor obra futurista. Las personas que vivían en la ribera, en cuanto se percataron de lo ocurrido, quisieron salir huyendo para salvar sus vidas, pero no a todos les fue posible, muchos fueron arrasados por la furia de aquel río que sin excepciones trataba de recuperar su caudal y el nivel de sus aguas que por tanto tiempo se le había reprimido. No obstante, cuando todo parecía perdido para los habitantes de la ribera, apareció la mujer del río salvando a cuanto campesino o animal terrestre había sido arrasado por la corriente. Ante el desastre vivido, jamás contemplaron retomar dicho proyecto, por su parte, el río ha recuperado su cauce, los campesinos recuperaron sus tierras y muchas especies que antes habían desaparecido regresaron. Cuentan pobladores que muchas veces en la noche suelen oír los cánticos de la mujer, es su manera de hacerles sentir que aún los acompaña, pero nunca más la volvieron a ver.

Brayan Ramírez Guerrero, 16 años
Guarne, Oriente

N.º 1998

Título: La sonrisa del pasado para el futuro

«Buenos días», dice una madre con su sonrisa a su pequeño hijo cada mañana para recibirlo apenas despierta. Cada día, aunque le pueda resultar pesado a ambos, él le echa ánimos gracias a su madre. La mujer prepara el desayuno con algunas sobras de la alacena, le basta con que alcance solo para él, ya que de algunas de esas amorosas mañanas no queda algo siquiera que ella pueda comer. El pequeño, listo con su uniforme del colegio, a medio coser y remendado a mano en casa por su desgaste, le pide a la mujer la bendición antes de irse a estudiar a su escuela, que queda a unas cuantas cuadras; ella lo despidе y luego se dirige rumbo al metro para llegar a su trabajo, siempre se ha preguntado qué será de aquellas personas que traslúcidas encuentra por la ventana en el vagón, viviendo en pequeñas casas arrumadas junto a tan inmenso río; y ese día nota en una de ellas a un par de niños ayudando a su madre y desea que aquellos infantes sean felices a pesar de lo poco que tienen, por su mente pasan anhelos y pensamientos de querer ayudarlos, cuánto le encantaría que aquellas personas vivieran en una condición diferente. Se hace parada en su estación de destino y todo eso cambia cuando regresa a su cruda realidad, aquella en la que apenas logra mantenerse a sí misma y a su infante. Rumbo a su trabajo, observa la belleza inmensa de aquellos montes que a pesar de que estén llenos de civilización siguen teniendo almizcle, sabor a campo, tan hermoso paisaje que la lleva al recuerdo del pasado, tierra de ensueño de solares

tibios donde nacía el sol al lado de fruta propia de sus montañas y donde el atardecer era adornado por la cordialidad de sus vecinos campesinos. La finca en la que había crecido, y la cual abandonó con profunda tristeza por culpa de aquellos conflictos enajenados que destrozan sueños, un tic toc rutinario de sus labores. En la noche la mujer llega a su casa cansada del día tan pesado y ve a su pequeño en la mesa realizando sus tareas, acompañado de la vecina, quien le hace el favor de cuidarlo. La madre despide a la señora y le agradece su labor luego de la escuela, el niño saluda alegremente a su madre y le comenta todo lo que hizo en el día, le dice que hoy en la escuela había ido a visitar un barrio al lado del río y que entre todos sus compañeros compartieron su lonchera con los niños más necesitados. El niño le dice a la madre que se encontraba feliz imaginándose a sí mismo en un hermoso futuro cuando fuera mayor brindando ayudas y lo poco que tuviese a los demás y que así como su madre le brinda cada día amor y sonrisas él también pudiese darle a los demás ese sentimiento de alegría y tranquilidad.

Valentina Castro Casas, 17 años
Donmatías, Norte

N.º 10084

Título: La tierra que realmente mereciste

—Hermana, ¿por qué usamos estas máscaras? —preguntó mi hermana con tan solo cuatro años.

—Son para vivir, pequeña, hagas lo que hagas jamás te la quites —respondí.

—¿Algún día las podemos dejar de usar?

—Tal vez, pero solo cuando haya suficientes árboles.

—¿Tú la usas desde que eras pequeña?

Guardé unos segundos de melancólico silencio y respondí:

—No. Ambas la usamos desde unos meses después de que tú nacieras.

Recordé cómo era Urabá hace años, a pesar de que era evidente el caos, antes se podía salir a los parques a ver el atardecer, se podían ver los más frondosos árboles de camino a Arboletes, y se podía disfrutar de la vista y los pequeños chapuzones en los helados ríos que aún quedaban de camino a Mutatá, sin mencionar las hermosas flores que rodeaban el jardín de nuestro antiguo hogar. Recordé, meses después del nacimiento de mi hermana, cuando yo empezaba a asfixiarme y ella continuamente lloraba, no por hambre, sino por desesperación, y el arduo camino recorrido por nuestros padres en busca de tanques y máscaras de oxígeno. Saqué entonces un par de semillas que recogí desde hace tiempo y le entregué una a mi hermana en sus pequeñas y delicadas manos.

—Tenemos que sembrar, poco a poco serán millones de flores y árboles, todo volverá a ser hermoso, prometo que algún día volverás a respirar dignamente, y verás campos de flores, ríos y montañas más hermosos de los que un día logré ver. Hermana, un día prometo darte la vida y la tierra que verdaderamente mereciste conocer.

Sara Alejandra Moreno Vargas, 15 años
Apartadó, Urabá

N.º 10458

Título: Memorias de mi hermano

Nací en las montañas urbanizadas del suroeste, donde algunos pueblos se quedan en tradición y otros avanzan por necesidad. En uno de esos vivía con mi mamá y mi hermano en una esquina cerca del parque, justo al frente de una escuela. Nuestra casa, era de ventanas con rejas y ladrillos visibles, suficiente para que no nos faltara techo nunca. Al frente de esta casa, en las tardes, yo me sentaba en la acera con mi hermano y sus amigos. Ahí conversábamos, escuchábamos música y yo los veía hacer sus peleas de gallos; tal vez debería estar en otro lugar, pero solo me sentía parte de algo cuando con los muchachos nos reíamos de las improvisaciones absurdas de mi hermano.

Un día en el colegio, cuando estaba en tercera hora de clases, la coordinadora me llamó y me dijo:

—Sofía, no te asustes, pero acabaron de matar a tu hermano allí en la esquina de la escuela.

Yo no creía tal cosa, pero así fue; cinco tiros, a plena luz del día, con silenciador, a sangre fría. Mi lugar favorito ahora era una escena del crimen, parecía cualquier carretera donde se encuentra un animal atropellado, todos pasaban al lado de mi hermano como si su vida nunca hubiera sido nada. Ojalá solo hubiera sido él, pero terminaron siendo veinte muchachos más que murieron en esquinas y trochas nocturnas, convirtiéndose, según las voces que susurraban, en basura por fin recogida. No hubo más risas en la calles, solo asfalto manchado de sangre.

Solo un día, se volvió a ver gente y fue cuando tumbaron un edificio viejo del parque para construir uno nuevo. Al parecer esos muros valían más gritos de guerra que la muerte de mi hermano y sus amigos. Ya han pasado algunos años, aún escucho en las noches a mi madre llorando por mi hermano y aunque yo también solía hacerlo, desde que empecé a soñar con él todo cambió. Se veía tranquilo y me decía que en un futuro todo iba a estar bien, pero eso dependía de mí, de ayudar a sanar. Me asustaba soñar con él, pero era mejor aferrarme a este sueño que a mi último recuerdo: Llorando mientras veía su cadáver, sin poder hacer nada.

Esa ha sido mi misión desde entonces, hacer memoria de esas vidas que no pudieron seguir y que no se vuelva a repetir, porque si de algo estoy segura es de que si yo hubiera muerto, mi hermano jamás se habría callado. Todos los días que recuerdo nuestros sueños de darle ventanas sin rejas y paredes pintadas a mamá, son los que me hacen luchar porque en un futuro no nos mate el silencio.

Laura Cristina Escobar Marín, 16 años
Fredonia, Suroeste

Categoría Adultos

Ilustración:

Wilson Pérez Henao (Wilde) | @wilsonp_wilde



Cuento ganador

N.º 210

Título: El brote

Todo color se tiñó de gris. Los días son oscuros y a veces es difícil diferenciarlos de las noches. Las aves y las criaturas migraron después de que los últimos árboles desaparecieron. El aire es ahora una extraña y pesada combinación de gases que sustentan perniciosamente las vidas de quienes sobreviven en la urbe. El otrora valle primaveral es una extensión de tierra en la que trajinan, ya casi sin sentido, los pocos habitantes que dedican sus vidas a labores industriales, repetitivas, monótonas. Al igual que muchos, él trabaja recolectando los residuos metálicos que sobran de las factorías y, como todos, reside en los derruidos edificios que aún quedan en la sombría ciudad. Pero él no es como los otros. Desde hace unos días su corazón cambió y nació un brillo de esperanza en sus ojos. Hace muy poco, no sabe cuánto, encontró el brote de una pequeña planta entre una fractura del piso de su cuarto. Un brote. Verde. Vivo. Fresco. Y a la vez extraño, paradójico, ajeno al presente. Tomó el brote con cuidado y lo trasplantó a una pequeña vasija. Abrigó sus raíces con un poco de tierra y cada día de la escasa ración de agua que le corresponde destina una pequeña cantidad para rociarlo. Las autoridades han señalado que todo indicio de naturaleza debe ser reportado. Pero él no entiende la razón por

la que quiere ocultar su descubrimiento. No sabe si es amor o egoísmo. El matiz vívido y conmovedor del brote le recuerda su niñez, las caricias de su madre, la sensación pura y sutil del aire, los sonrientes días de un pasado brillante y colorido. Un pasado imposible al que todos quisieran volver. Hace una semana el supervisor del área de trabajo a la que él pertenece lo reportó como ausente. Hoy los indiferentes vecinos tocaron a su puerta al advertir su desaparición. Él se quedó en su propio espacio, absorto, pleno de dicha, extasiado en un verde inigualable que contagió su alma. Sentado frente al brote, que ya da asomos de un botón rosa, él recreó su nuevo mundo apartado de la plomiza realidad. Nadie lo volvió a ver.

Carlos Julio Roldán Zapata, 49 años
Santa Rosa de Osos, Norte

N.º 32

Título: Sueños premonitorios

Irónicamente arrullada por el estruendo de la tempestad, Raquel Bautista soñó que navegaba sobre la luminosa superficie del Magdalena, y que en la transparencia del aire aparecía, a lo lejos, la vibrante locomotora del ferrocarril. Ataviada con la omnipresencia propia del secreto mundo de los sueños, creyó ver, tras la ventana del quinto vagón, a una joven de ojos elocuentes que intentaba memorizar los nostálgicos versos de un viejo poeta: «Hubo una Antioquia grande y altanera, un pueblo de hombres libres. Una raza que odiaba las cadenas, y en las noches de sílex ahorcaba los luceros y las penas de las cuerdas de un tiple». Perpleja, mecida acaso por la unánime vitalidad de las aguas, Raquel lloró. Lloró, no por el influjo de aquel espejismo de la dicha, o sea, el de una tierra sosegada y limpia donde el temblor de los rieles anunciaba el advenimiento de la esperanza, sino porque adivinó en el rostro de aquella muchacha el rostro suyo de antes, tierno, fértil, lejano. ¿Era acaso un espejismo de los años perdidos de la juventud en que los hombres compartían el pan con otros hombres, y en que los árboles cubrían aún la comba infinita de las montañas?

Años después, tendida sobre una rubia playa de Necoclí, Raquel intuyó, por fin, el carácter premonitorio del sueño. No era, como había sospechado, un arrebato de nostalgia. Tampoco el deseo de retornar a los tiempos mejores. Fue, más bien, la incomprensible anticipación de su futuro. Entonces, los ojos de la joven del quinto vagón del sueño no habían sido los suyos. Eran los elocuentes ojos de su hija Abril, y era aquel su rostro tierno, noble, cercano. Lo supo cuando observó, de cara al crepúsculo, aquel cuerpecito bañado, la risa mínima, la panza salpicada de arena, el cabello mecido por la bondadosa brisa del mar. Entró la noche. Conduciendo a casa con la radio encendida por una luminosa autopista, Raquel tarareaba un bambuco.

—Qué fácil es ir al mar —dijo Abril desde el asiento trasero del auto—. ¿Viste los barcos, mamá?

—Los vi —respondió, sonriente, Raquel.

—¿Mi papá viaja por el mar como esos barcos?

—No —contestó ella—. Tu papá viaja por el aire, como los aviones.

Pensativa, Abril observó por la ventanilla una luz que titilaba en el cielo.

—¿Y cuándo regresará mi papá?

—Esta misma noche —dijo Raquel.

El reloj marcaba las 20:40. Terminada la canción, una voz honda dijo por la radio: «Estos son los acordes de la paz». Y al son de un modesto tiple que empezaba a sonar, Raquel bebió su noveno sorbo de café.

—¿Qué es la paz, mamá? —preguntó Abril a sus espaldas.

Uno, dos, cinco segundos después, Raquel respondió:

—La paz, hija, es que los sueños que soñamos lleguen a parecerse a la vida que vivimos, o que la vida que vivimos llegue a parecerse a los sueños que soñamos.

Maravillada, ya al borde del sueño, Abril confesó:

—Anoche soñé que conocía el mar.

Daniel Santa Isaza, 31 años

Rionegro, Oriente

N.º 534

Título: El profe entre montañas

Quién sabe si hoy logre llegar a la escuela, anoche llovió. ¿Me encontraré algún derrumbe entre los canelones? Desde las 4 a. m. en pie, mi madre desde las 2 a. m. para lograr despacharme a tiempo con tragos, desayuno y almuerzo. Voy sola, solísima por caminos perdidos entre montañas; nunca me he encontrado al tigre ni al «lión», aunque me dicen que tenga mucho cuidado. Siempre me acompaña el escapulario de mamita Romelia, está bendito y conjurado para entrar a las selvas oscuras. Siento que voy a llegar tarde, debo apresurarme, pero ¡una culebra «lomoemachete» en pleno camino! Mide más de cuatro metros, ¡es inmensa! Me siento en una piedra a mirarla, ella también me mira. «Muévete culebrita, debo llegar a la escuela», le digo en mis adentros. Por fin me hace caso, se mueve. Estoy muy cerca, solo a media hora de llegar a clase después de caminar más de dos, me da emoción pensarlo, pero la quebrada está crecida, bien crecida, no tendré forma de pasar esta mañana. ¿Será que me devuelvo? Espero, pienso en la madrugada de mamá y en la atrasada de tareas que tendré. De pronto la esperanza se asoma calzando las botas del profe Humberto. Él brinca con destreza entre piedras, casi se resbala, pero logra cruzar a mi encuentro.

—Móntate a caballito, Mariana, y agárrate duro.

Busca el paso con menor caudal, trata de pararse firme y de encontrar las piedras más estables, tiembla, trastabillea, la corriente pone a flaquear sus piernas, oigo su respiración, sé que

tiene algo de miedo, pero finalmente alcanza la orilla de vuelta. Alegres, subimos rápidamente por los potreros, escuchamos los toches, les hacemos quites a las vacas paridas, hacemos correr a los caballos, cogemos algunas guayabas para comer a la hora del descanso. Arriba, casi al final de la montaña se ve la escuelita, hermosa como siempre. Guadalupe y Pipe ya están allí, pero Leidy aún no llega. El profe Humberto nos dice que esperemos, que también va a ir a buscarla, ella viene aún desde más lejos que yo y ese camino es muy complicado, probablemente el profe tenga que pasarla por la garrucha porque de ese lado la quebrada se hace más grande todavía.

Un apretón de manos de mi hija Paulina me retorna a la realidad, me aterriza de mis recuerdos. Me parece un sueño que en la vereda ya haya una escuela más central, que puentes y teleféricos conecten a las distintas comunidades con ella. Ya no son cuatro estudiantes como otrora, ahora más de treinta y cinco niños se alegran y sueñan en estas nuevas aulas. Yo, a diferencia de mi madre, ya no tengo que levantarme a las 2 a. m. y Paulina no se pregunta a diario si podrá llegar a clase. Todo ha cambiado, pero hay un recuerdo que sigue intacto en lo más profundo de mi corazón, el del profe entre montañas cargando a sus espaldas la ilusión de una niña que soñaba con el futuro.

Juan David Delgado Vélez, 42 años
San Francisco, Oriente

N.º 730

Título: República independiente de Antioquia

El amanecer apuñala mis párpados con una flama roja. Me siento en el borde de la cama, palpo las sábanas tibias con las yemas de los dedos, la tela se estremece en un sonido perezoso que hace más pesada la ausencia. *Sobrevivir* es la palabra que se ha escrito con sangre en los últimos cien años y, aún ahora, arde en la piel tatuada con navaja. *Sobrevivir* es la palabra que se les enseña a los niños antes de conectarse a las clases en línea, porque el calor se hace insoportable para caminar a la escuela y el tráfico es una masa espesa de caucho y humo, una pesadez de gritos y empujones.

«Educación en casa» se ha convertido para muchos en aprender a restar en cualquier parte. Se está entre inundaciones e incendios forestales, huyendo no se sabe de qué, en un sinsentido, porque no importan los kilómetros, ningún sitio es refugio. Somos nómadas: nunca se sabe dónde nos tocará el próximo desastre. Sobrevivir, sobrevivir al derrumbe, al huracán, a la hambruna; saborear la sal en los labios como un viaje al mar, sentir la tierra como otra piel para proteger del sol. Hoy amanece, la luz apuñala mis párpados con una flama roja y no hay quién lo pare. La raquítica cordillera está desnuda, se acuesta boca arriba como yo misma solía hacer cuando podía mirar al cielo y adivinar las formas de las nubes. Afuera suena el himno nacional, tan fuerte, tan estridente, que hace vibrar el vidrio polarizado. Antioquia, que cumple un año de ser un país independiente de la República de Colombia, se ha

quedado sola. Se siente la ausencia de las demás regiones. El himno no es más que un lamento, un canto fúnebre al progreso, a la industria. Pero yo me uniré a un grupo de migrantes que desean escapar. Ya no puedo más, la insoportable certeza de que nada va a cambiar es peor que un irse sin regreso. Las fronteras están cerradas en un intento por detener la diáspora, por eso iremos por la noche: incendiaremos nuestras propias casas para distraer a los guardias y, entonces, correremos como si nos sobrevolara un cúmulo de aves de carroña. Y eso hacen, el olor a muerte es cada vez más intenso. Está anocheciendo, me siento pacientemente a esperar a que caiga el sol con los fósforos sobre la pierna. Cuando llega la hora, tiro la pequeña llama sobre la cama y echo a correr. Corro, corro hacia el oeste, pienso en todo lo que viví, en la guerra que nunca acabó, en la familia que nunca tuve. Corro, corro y me encuentro con las demás personas. Juntos continuamos nuestro camino. Pienso en el río Atrato que nos recibirá con las delgadas fuerzas que le quedan, sus hilos de agua refrescarán mi piel agónica, mi voz partida, mi alma apátrida que prefiere morir caminando a esperar que el tiempo la carcoma sobre un campo baldío.

Sara Quintero Jiménez, 19 años
El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 765

Título: Tatuaje

Soy arriero, como los quijotes de los antiguos caminos de herradura que abundaron en Antioquia. Heredé esta profesión de mis ancestros, campesinos de recia estirpe, que me inculcaron el amor por la arriería. Soy arriero y, aunque el mundo ha cambiado, me siento orgulloso de guiar una recua diferente. Mientras lo hago, silbo un bambuco y vapeo un cigarrillo electrónico que huele al tabaco que fumaba mi abuelo. Transporte canecas repletas de leche. Después de la pandemia del treinta y cinco, un virus que atacó las glándulas paratiroideas del 80 % de la población mundial, la leche se convirtió en un alimento esencial para recuperar el calcio perdido y prevenir o contrarrestar la enfermedad de los huesos de cristal. Ahí entré yo, como buen paisa, con mi empuje y emprendimiento. Las salas de ordeño, ubicadas a las afueras del área metropolitana, producen lo suficiente para surtir a todo el Valle de Aburrá. A diario llevo mi carga hasta la planta recolectora en donde los lacteoductos hacen el resto, conducen leche pura hasta un dispensador en la comodidad de cada hogar. El abrazo y los besos de mi esposa y mis dos hijas me esperan en casa al terminar la jornada. Ya no me empacan mazamorra pilada con bocadillo o un atado de panela con quesito para el camino, como lo hacía mi abuela con mi abuelo, sino estas pastillas insípidas con vitaminas y calorías. Soy arriero sin carriel, sin paruma, sin zurriago, pero desde aquí arriba me siento más paisa que Ñito Restrepo y que Salvo Ruiz, y me dejo tentar por la vista

hipnótica de los paisajes antioqueños. Las flores, los pájaros y las colchas de retazos que tejen los cultivos alimentan las ganas de trabajar por mis hijos y por mis paisanos. «Así era que te quería, así era que te buscaba ()», recuerdo una canción que tarareaba mi abuelo. Me gustaría morir como él, montado en una mula de verdad. Soy arriero. No llevo sombrero sino este casco con lentes de realidad virtual y visión holográfica. ¡Ah!, se me olvidaba, también soy trovador, y de los buenos: Extraño mucho a mis mulas y el olor a cagajón ya no es igual ser arriero encaramado en un dron. En la época de la inmediatez y de la tecnología las mulas pastan con libertad en las praderas, un retiro merecido para un animal que dejó huella en la cimentación de nuestra Antioquia, y los caminos de herradura se eternizan en los libros de historia. Ahora los arrieros nos montamos en estos aparatos que, aunque no corcovean, no tumban la carga, no relinchan ni tiran pedos, no son tan cómodos y cálidos como el lomo de Lola, la última mula que tuve y que llevo tatuada aquí en mi pecho.

Luis Gabriel Restrepo Mejía, 56 años
Guarne, Oriente

N.º 921

Título: Me llamarás por mi nombre

La noche tenía una humedad sofocante, y el ventilador de techo, ya desvencijado y crujiente por el paso del tiempo, pendía del techo con la promesa de caerse muy pronto. Él entró, y mientras se acercaba al rostro de la mujer, subía casi un fuego inextinguible.

—Te encontré, de nuevo. Me abandonaste a mi suerte una vez que te regalé la mía.

Ella ni siquiera oyó cómo caía la quijada cuando lanzó su primera frase. Él arqueó la espalda para hablarle al oído.

—Hace tanto que no veía tu rostro. Vengo a cobrar lo que me robaste, lo que me fue dado desde el día de mi nacimiento. Ni siquiera tuviste la valentía de encontrarme. Pagaste por mí y a quien me sepultó lo premiaste como la mejor de las ramerás. Sentiste placer con la transacción. Fue entonces cuando me «escogiste», cuando te entregaron mi cuerpo aún con carnadura, pero sin nombre. Estabas tan alegre que el alma que yacía en mi cuerpo no podía intuir más mala suerte de la que ya había tenido. Me recibiste aún mojado, mi piel olía a río, al Magdalena. Confieso que me avergoncé cuando me viste desnudo e hinchado. Los colgajos de piel a punto de caerse por mi viaje anfibio me dejaron destrozado. El sepulturero me encerró en un rectángulo de cemento que yo no pedí. Te arrodillaste ante mí con tus lamentos y la claustrofobia se me hizo insoportable. La poca paz de mi muerte terminó y comenzaste con tus ruegos por una casa, por un chance, por ganar la lotería. Prome-

tiste darme un nombre. ¿Para qué? Aunque lo había olvidado, sé que lo tenía en alguna parte. Alguna lágrima se derramaba mientras lo pronunciaban al viento. Me llevaste a un infierno dantesco y mientras me dejabas en el primer círculo, tú, viva, te arrastrabas hasta el cuarto círculo de la avaricia. Cada vez que rezabas por tus deseos, me torturabas la carne hasta dejarme en el hueso. Belcebú te concedió tus pedidos y para completar mi tormento me diste un nombre tallado en una lápida. Se te antojó llamarme Francisco y dejé de ser un N. N. Han pasado veintiún años desde que me robaste lo último que me quedaba de dignidad: mi verdadero nombre. El que me puso mi madre que me parió con dolor, el que pronunció el cura mientras yo lloraba en la pila bautismal. Mis huesos fueron sacados del rectángulo y luego apilados con otros cientos de fémures, cráneos y peronés. Me perdí aún más en esa fosa común. No volviste y yo duré no sé cuánto armándome entre el saco gigante que utilizaron de osario para los parias del cementerio. ¡Devuélveme mi nombre! Mi condenación es tu culpa. No eres mi familia, otros me lloran. ¿Dónde está mi madre? Ella se despertó sobresaltada por la campana del animero que pasaba por su casa. Por fin sintió calor. En Puerto Berrío los N. N. a su paso no dejan frío, dejan el fuego del infierno.

Alina Castrillón Rave, 43 años
Puerto Berrío, Magdalena Medio

N.º 1178

Título: El llamado

Antonio duerme, y nuestra hija sí que está profunda cuando escucho «el llamado»: «¡Arriba, despierta!». Elevo una sencilla oración con devoción. El silencio de los farallones y el murmullo de los ríos quedan a un costado, junto al calor de las cobijas y la almohada. Sola me levanto, yo, Aurora, tras despertar del sueño al final de la noche. Fiándome de las paredes voy por el corredor y enciendo una luz en la cocina. Ahí, a simple vista, permanece intacta, la gigante olla con maíz molido para armar las arepas, la misma que, por incansables años de esfuerzos encomendados al altísimo, por rodar en diplomados y tertulias de casa en casa, de Tarso a Venecia, entre Andes, Betania y Jardín, por mi familia y porque confabula el universo, viene a ser un cofre de amor amarillo lleno de gratitud. Hago café, y entre los sorbos, en medio de un bostezo profundo, siento de nuevo en la conciencia, a media voz: «Aurora. ¡Aurora!». Me asomo por las chambranas hacia el patio, pero solo veo la gata, las plataneras del cafetal, las cañas de chócolo, el huerto y los cedros a la atmósfera de la luna creciente. Tranquila, sin considerar las devociones y lecturas que hago de san Juan de la Cruz, sin nada que temer ni querer llamar a nadie emprendo mi oficio, y esta vez en el fondo de mi ser la voz que me llama dice: «Aurora, piensa, no solo de pan vive el mundo». (La naturaleza da suficiente tranquilidad como para sentir con alegría que no estoy ni pizca de loca): «¿Loca?, loca yo? ¡Mamolas!», digo. Voy, me lavo las manos, destapo la olla, y en el arrebato

agrego dos puñados de pimienta negra y otros tres de polvo de orégano. ¿Loca?, loca va quedar la gente al probar estas arepas. Los perros de la vereda ladran bullosos, pero los pájaros que empiezan a trinar parecen esa «tal» música clásica. Pienso en la guitarra de mi padre, y tarareando una canción del Duetto de Antaño recuerdo a mi abuela. La humilde alegría de rememorar estas voces enjuaga mis ojos. Suspendo la faena para evitar el riesgo de salar con las lágrimas el sabor de la receta. Respiro con profundidad, a ojos cerrados, y ahí mismo vuelvo a escuchar el llamado. Esta vez suena como el timbre de mi propia voz: «Aurora, debes leer a la madre Laura, a Tomás Carrasquilla, a Fernando». Cumplida la labor, hoy por hoy como madre me sorprende. Mis arepas con frases de libros antioqueños las leen hasta los ciegos. La clientela degusta las palabras talladas en la masa, al relieve de la plancha del fogón. Al desayuno y a deshoras fluye el mágico lenguaje que nos nutre. La vida es un sueño realizado entre otro sueño, o es el gusto familiar de soñar. Ida en mi sobria realidad, acabo de escuchar otra vez el llamado. Esta empresa que ha tenido por nombre La Maicera, ahora es, sabrosamente: Las Mil y Una Arepas.

William Arango Díez, 36 años
Jardín, Suroeste

N.º 1564

Título: El chamán de la cosecha

Don Nelson es agricultor, un hombre honrado y con las manos teñidas del color de la tierra; de sus callos brota la vida que él cuidadosamente siembra y cosecha. Cada jornada es un ritual sagrado, una alabanza sublime y mágica que se gesta en el vientre mismo de la naturaleza; así, con sus manos toscas pero féculdas, abre suavemente los surcos que engendrarán la vida y de la mano del sol cumple su jornal, tiñéndose también de bronce su rostro insolado, como sacrificio místico de quien se sirve de la alquimia. Al caer el día regresa por la vereda, viendo acunarse las nubes sobre las montañas y tornarse en el horizonte el ocaso de naranja, viendo cómo la ciudad se acerca lentamente a su cabaña, incluso los carros pasan cerca de su finca, ya el campo dejó de ser montaña, pero don Nelson sigue sembrando, dando vida cada mañana. Ya la cosecha llega, el campo reverdece. Mientras abajo todo gira rápidamente sobre ruedas, a unas cuantas cuadras de la ciudad, en la montaña, la vida canta otra mañana y don Nelson, mirando al cielo primero, clava sus manos toscas en la tierra revuelta, sacude fuertemente la cosecha y rellena el bulto de su siembra. Aún en estos días tan revueltos, siguen viviendo chamanes de la cosecha, ya no quedan muchos ¿Será que en unos años los hombres cultivarán la tierra? ¿O serán las máquinas las que la trabajen? ¿Qué pasará con la magia y el ritual del agricultor, de su sabiduría milenaria, de su temple y persistencia?

Juan Pablo Zuluaga Montoya, 26 años
El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 1624

Título: Solidaridad

«Sí, definitivamente se van. Están terminando de sacar las últimas cositas. Eran los únicos que quedaban. Ahora solo hay migrantes». Miledys va a darle maíz a las gallinas y vuelve a asomarse a la puerta. «En donde los pastores de la iglesia están los cubanos, en la casa de Mariela y en donde los Umaña, los haitianos. ¿A quiénes le arrendarán la que están desocupando? Mejor a los cubanos que ellos sí hablan como uno, porque a los haitianos no se les entiende nada». Siente una extraña sensación, como si la próxima en irse fuera ella. Se persigna. «Gracias, virgencita, por mi casita ¡De aquí no me sacan, no, señor! ¿Qué tal lo que dijo Mara la de la tienda?». «Doña Miledys, por qué no se va a vivir allá con su sobrina la que vive por Techos Verdes y arrienda su casa? Ahí le caben cinco, le pagan en dólares y se hace su platica». Cierra la puerta, vuelve al solar y comienza a regar las matas. «A mí no me saca nadie de esta casa. ¿Arrumada allá en casa ajena, y por donde hace un calor insoportable? Aquí al lado de la playa hace fresquito y lo de uno es de uno». Revisa el agua que todavía le queda en los baldes. Recoge un poco en una olla para comenzar a preparar la masa. «¿Y si el agua no viene el fin de semana? Ya son casi diez días y ni una gota de la llave, ojalá que llueva esta tarde pa llenar la batea». Mira al cielo. Despejado y claro. «En Necoclí siempre falta el agua, pero con los migrantes es peor. No hay agua pa tanta gente. No hay nada pa tanta gente. Colas y colas pa pagar en el mercado, pa hacer el chance, pa comprar cualquier cosita. Por todo lado están los haitianos, sacando plata, comprando, tienen todo lleno. Como le conté a Danielito que me

llamó ayer, ni en la peor de las temporadas el pueblo estaba así, ni en las Fiestas del Coco». Por la tarde, se asoma otra vez, están llegando a la casa vacía, son haitianos. Cuenta diez. El olor de las galletas de limón la regresan al patio de su casa. «Ya están listas». Las saca del fogón de leña, las deja enfriar y las empaca con cuidado en hojas de plátano. «Treinta en total, espero que hoy no sean más». La noche avanza. El sonido de la lancha es la alerta. Miledys sale con su canasto lleno de galletas de limón. Van pasando rápido con sus maletas, botellas de agua, cajas. Ella les entrega las galleticas, las reciben y le agradecen con prisa. Cuenta al menos cinco niños. Mira al horizonte hacia el Chocó y más allá hacia las montañas en Panamá. El mar en el golfo de Urabá hoy parece tranquilo. Suspira, cierra los ojos, hace una plegaria, espera que no se arme un mal tiempo y al menos hoy todos lleguen vivos.

Laura Guerrero Cardozo, 40 años
Necoclí, Urabá

N.º 1733

Título: El animero

Es primero de noviembre, inicia el mes preferido de los habitantes de Belmira. Chucho se ha levantado muy afanado. El reloj marca las doce y diez minutos de la madrugada, Chucho alcanza la estampa del Padre Marianito, se santigua, y rezando un avemaría, toma su pantalón, camisa, botas, ruana y sombrero, quedando listo para enfrentar el despiadado frío de aquella noche. El agua de panela está caliente para preparar su tinto, lo devora en cuatro sorbos. Son las doce y diecisiete de la mañana y Chucho va saliendo hacia el cementerio. Jesús María Tobón, conocido como Chucho, es un hombre bastante particular, querido por todos. Un personaje que sin ningún interés sirve a conocidos y extraños, y quien está seguro de que va a seguir siendo el animero de su pueblo, hasta que Dios se lo permita.

—Buenas noches, doña Alicia —dijo Chucho mientras se acercaba a la puerta del cementerio a saludar a la única acompañante de la noche.

—Hola, Chucho. Le pido el favor que hoy recemos por mi madre, que está un poco enferma —exclamó Alicia.

—Si Dios quiere, su mamá mañana amanecerá mejor —respondió Chucho sonriendo, mientras abría la puerta del cementerio. Entrando por el campo santo, ambos escucharon varios golpes en las tumbas. Con picardía y mirando a Alicia dijo Chucho:

—Están felices porque estamos aquí.

Con mucho respeto y sin temor, hicieron el ritual que ambos conocían, un par de oraciones postrados en el piso, y estaban listos para iniciar el recorrido. El animero es una figura tradicional de algunos pueblos antioqueños que, motivados por la herencia católica de sus ancestros, se encarga durante todos los días del mes de noviembre, de hacer una ceremonia en las horas de la madrugada, que inicia y termina en el cementerio, con el que se logra, según la fe, sacar las ánimas para llevarlas por todo el municipio, pidiendo padrenuestros en todas las casas, haciendo de esta manera oración por las benditas almas del purgatorio.

—Muchas gracias por la compañía, doña Alicia —dijo Chucho al terminar la novena, mientras salían del cementerio después de dejar las ánimas en su lugar.

—Mi Dios te pague, Chucho, hasta luego.

En la mañana siguiente, terminando de ordeñar la última vaca, la Mijita, una de las más nobles de la finca El Pantano, hacienda lechera destacada de la región, donde orgullosamente trabaja Chucho hace más de diez años, se acerca Diana, una de sus compañeras y pregunta:

—Chucho, contame pues cómo te fue anoche, ¿sí rezaste por mí?

—Claro que sí, pasamos por tu casa, ¿estabas despierta?

—Pues claro, Chucho, sentí el golpecito en la puerta de mi casa, además del sonido tenebroso de la campanita, y el caminar de todos tus acompañantes, parecía una procesión, qué gentío el que iba.

Soltando una carcajada, responde Chucho:

—Anoche solo íbamos doña Alicia y yo, pero no te asustes, los pasos que sentiste eran de las animas benditas que iban orando por ti.

Elizabeth Bernal Londoño, 34 años

La Unión, Oriente

N.º 1801

Título: La testigo

Las grandes y antiguas civilizaciones estaban resurgiendo de las ruinas, cuando sus esculturas hablaron con la gente, gracias a un revolucionario dispositivo que le permitía hablar a todo lo que tuviera ojos, oídos y boca. Los milenios de silencio que guardaron los monumentos del mundo, desde los sumerios hasta las estatuas de la necrópolis de san Agustín eran ya historia, y la humanidad se enaltecía, discutía y tomaba nota al escuchar sus fallas y sus logros. El aparato era un caro privilegio para los arqueólogos, pero, por mi experiencia como lingüista, conseguí una licencia que me permitía aventurarme a recuperar las lenguas y las historias ancestrales de estas tierras. Así fue como en mi primer viaje llegué a San Puentes, un pueblo famoso por sus piezas arqueológicas de tiempos precolombinos. Don Miguel, el alcalde, me pidió con ánimo que dejara el hotel y que guardaba para mí una habitación cómoda en su casa, para que me concentrara en mi trabajo. Estando allí la primera noche, me suplicó que hiciera hablar a la Virgen del parque, a la cual le habían rendido devoción los sampuesinos por más de diez generaciones; y aunque lo dudé, su insistencia me hizo prometerle que en la mañana ella hablaría. Al día siguiente, desde temprano, se llenó la plaza. Don Miguel me confesó que se dedicó el resto de la noche a invitar a la gente del pueblo. No quise ocultar mi incomodidad, pero en mi corazón nació un profundo cariño por la curiosidad de la gente. Entre dos enormes acacias, en el centro del parque estaba la Virgen de

mármol, para nada diferente a otras que ya había visto. Conecté el aparato y de inmediato comenzó a contar historias de las guerras que pasaron por allí, luego dijo los nombres de las gentes que rezaron en aquel lugar y habló de las silenciosas culpas de sus plegarias: hijos que no eran de sus padres, homicidas arrepentidos, incestos, madres que se sentían prisioneras, hombres que amaron hombres en secreto, balas rezadas y romances de rastrojos. La vergüenza que se generó en los presentes se transformó rápidamente en rabia y el cura los convenció de que aquella Virgen era obra del hombre, que lo que decía podría venir de la boca del diablo y que ningún milagro sucedería escuchándola, que más valía callarla y después bajarla de ahí, pues lo que se estaba haciendo era sacrilegio y había que arrepentirse. Cuando saqué el aparato, decenas de martillos ya estaban rompiendo la figura y pronto la plaza quedó vacía y en silencio. Don Miguel me pidió que me fuera del pueblo y el cura se disculpó conmigo diciendo que nadie allí estaba preparado para eso y que por favor regresara cuando ya todos hubieran muerto.

Estiben Valencia Agudelo, 26 años
San Rafael, Oriente

N.º 1947

Título: La pinera de El Retiro

Las nubes lloraban desconsoladas, y los pinos de todas las pineras de El Retiro se preguntaban, curiosos, por la causa de su llanto. El frío viento hacía resonar sus lamentos en un idioma extraño para las coníferas, inmigrantes de otras tierras que habían desplazado los árboles nativos y que no proporcionaban alimento ni refugio a ninguna de las especies originales que habían tenido que emigrar nadie sabe a dónde. La niebla se abrazaba a las puntas de las montañas, como el que trata con su contacto de acallar la pena de un familiar acongojado. Las lágrimas de las nubes empaparon a los confundidos pinos, que las dejaron deslizar por sus afiladas agujas a la tierra empobrecida, convirtiéndola en un lodo nervioso e inquieto, que empezó a librarse de las raíces de las coníferas y a correr ladera abajo, cada vez con mayor entusiasmo. Los árboles perdieron el poco agarre que les quedaba al suelo, y se deslizaron, quebrándose y rebotando salvajemente por el cauce de la cañada. La creciente, que arrastraba troncos, piedras y arena, bajó por el paso del toro y su bramido aclaró cualquier duda sobre el origen de ese nombre. Con violencia llegó al pueblo, que había aprendido la lección de las inundaciones de veinte años atrás, y en donde ahora un parque lineal ampliado le daba libertad al agua para desahogarse y expresarse sin causar daños graves. Casitas humildes, carpinterías y hasta las pomposas parcelaciones habían cedido terrenos para que la corriente no tuviese que ser limitada a un estrecho corredor de concreto. La inundación se

explayó con comodidad, tranquilizándose, y entregándoles a los habitantes del municipio su regalo de maderas que serían recogidas y transformadas. Arriba, donde comenzó todo, la neblina se disipaba para mostrar el resultado final: la avalancha se había llevado solamente a la última pinera de El Retiro, un municipio que había comenzado, dos décadas atrás, un plan para repoblar las laderas con especies maderables nativas y logrado una recuperación progresiva de su fauna y flora original. Las nubes lloraban, sí, pero de alegría, porque con la partida de los últimos pinos las montañas de El Retiro recuperaron su primitiva diversidad y belleza. Los días pasaron y las heridas amarillas abiertas en los costados de la montaña comenzaron a sanar, lenta pero inexorablemente, con la paciencia vegetal de rizomas, tallos y raicillas de musgos, líquenes y helechos que trabajaban en conjunto con insectos, lombrices y hongos para amarrar y recomponer el suelo. Las aves visitaron el lugar, hicieron nidos, y trajeron consigo el regalo de semillas desde otras montañas ya recuperadas. Las inquietas zarigüeyas y el tímido puercoespín criaron entre los helechos a sus camadas, y apuntaron sus yemas hacia el cielo los dedos de los primeros árboles. Durante una gélida noche, alguien aseguró ver la misteriosa silueta de un puma recortada contra la silueta de la luna llena.

Cesar Pachón Meneses, 43 años
El Retiro, Oriente

N.º 1953

Título: Inmersión al paraíso

Como en todos los pueblos, en el que yo vivo había varios animales de tamaño normal, no se pasaban de los dos metros de altura, sin embargo, un día se sintió un crujir fuerte en los kioscos de la piedra del Peñol; el estruendo fue tan atronador que opacó el sonido del helicóptero que estaba aterrizando. Cuando miré hacia arriba, era un dragón gigante de esos milenarios que quiso parar su vuelo no sé para qué. Llamé a Nicolás para que viniera a verlo pero no me escuchaba. Al rato, el dragón se fue arrimando a la represa y se puso a beber un poco de agua, luego alzó vuelo y se fue. Eso era todo, el dragón se había ido.

—¡Fue un susto tremendo! —dijo Nicolás.

—Pero no hubo cosas que lamentar —le dije.

Pasaron los días y el eco de ese suceso seguía recorriendo calles y kioscos hasta que pensamos que había llegado todo a la normalidad. Pero un día, el cielo entero se oscureció, fue cubierto por dragones, incluso hubo gente en El Peñol que dijo que la oscuridad también había estado por allá, no solo por estos lados; fueron tantos los dragones que no alcanzábamos a ver el último que volaba en el horizonte. Todos los dragones de a poco fueron bajando a las laderas de la represa para beber agua y saciar la resequedad de su garganta por el largo tiempo de viaje, hubo personas que decían que venían desde los más oscuros bosques de Escocia e Irlanda y que cansados ya por la sequía en Europa todos estaban buscando nuevos refugios, lo que nos llevó a pensar que quizá el primer dragón que vino fue

un emisario que estaba buscando un paraíso y lo encontró en el Oriente antioqueño y ver a todos esos dragones bebiendo de la represa es la muestra fiel. El nivel del agua fue bajando y bajó tanto que empezaron a verse ruinas de un pueblo inundado y olvidado, lo más sorprendente fue ver cómo los dragones caminaban por las calles que antes eran submarinas buscando acostarse en esa humedad y de las casas que antes estaban sumergidas salían personas empapadas, suplicándoles a los dragones que no destrozaran sus casas, que suficiente tenían con haber vivido sumergidas en ellas.

Juan David Tabares Uribe, 30 años

Guarne, Oriente

N.º 2000

Título: Mateo 17:20

Casi nada recuerdo de mi infancia. ¡Eso sí!, recuerdo plenamente, las idas al culto con mi mamá, su alabanza y el contundente sermón pastoral; así como recuerdo las idas a misa con mi papá, siempre monótonas. Consideré la fe inofensiva, ayudaba a las personas a estar tranquilas con su conciencia. Cuando me fui adolescente entendí que tal vez vivía en uno de los lugares más creyentes del mundo, la mitad de mi familia rezaba el rosario a la Virgen María, la otra mitad se dedicaban a alzar las manos mientras improvisaban oraciones de forma visceral. En aquellos años las iglesias dejaron de estar en lugares centrales de los pueblos y se empezaron a regar por todo lado, eran variadas, casi a la medida de cualquier creyente, algunos de mis tíos se convirtieron en otro tipo de evangélicos diferentes a mi mamá y mis tías empezaron a ser católicas diferentes a mi papá. Cuando llegó la adultez me di cuenta de cosas simples, como que vivo en un territorio lleno de montañas y que todo en exceso puede ocasionar problemas; me di cuenta de esto último cuando en mi pueblo, y en todos los pueblos, las iglesias estaban en cada esquina, algunos preferían las ideas orientales, hacían yoga y se asesoraban con una estatua de buda; pronto quien no creía en Cristo creía en el budismo, chamanismo, judaísmo o en cualquier «ismo», incluso en sí mismo. Nadie se percató del problemón que se armaría con la multiplicación de las iglesias y la importación de otras religiones hasta que empezaron a moverse las montañas de manera desmedida trayendo

conigo problemas con el alumbrado, cambiando la dirección de los ríos y provocando uno que otro susto por los movimientos que poco a poco se volvieron del cotidiano antioqueño. El mapa del territorio se iba actualizando constantemente. Alrededor de quince años se demoraron entre geólogos y sacerdotes en darse cuenta de que las montañas se movían por la fe. Los políticos llegaron a acuerdos legales donde se limitaba el número de iglesias, se sancionaban los espectáculos religiosos, se limitaba la importación de creencias y se les recortó la facultad de creer a los ciudadanos. Sin embargo, la medida tenía complicaciones cívicas que provocaron un aumento de propaganda indirecta que avivó la discusión del tema, ya no solo era fe, era moda y morbo; los ateos comenzaron a consumir cultos, libros sagrados y cursos de adoctrinamiento disparando los índices de creencias, los sismos aumentaron. Los pueblos siempre se movían un poco al occidente cada año. La ley que regulaba la fe demoró cinco periodos electorales en ser aprobada, incluso llegó a ser el motivo de propaganda política, el eslogan del gobernador elegido fue: «Para que deje de moverse el mundo, vote por Reimundo». Para cuando la ley fue aprobada, Antioquia ya era una enorme isla a pocos kilómetros de la costa pacífica. Ya estoy viejo y a veces camino hasta la playa desde donde se ve Colombia y no sé en qué creer.

John Esteban Pérez Cañola, 28 años
Yarumal, Norte

N.º 2026

Título: Malditos

Su abuela cargó sal desde que tuvo conciencia. Decían que sus ancestros buscaban oro junto con los indios. Decían que en su casa había oro enterrado. Su madre también cargó sal. Los megaproyectos de minería traerán desarrollo a zonas que hasta ahora aparecen como la región «maldita», lugares que se dicen en el olvido de la nación. Los habitantes de los municipios favorecidos están ansiosos y reciben con los brazos ab... Apaga la radio, no quiere escuchar nada. «Yo cargo sal, pero de otra», dijo para sí misma. Ya es de noche, los grillos lo avisan más que el ojo. Admitió que antes pensaba que la sal era tan valiosa como el oro. Recordó entonces la historia que le contaban sus padres sobre el cacique que maldijo el oro que le robaban, no porque le quitaran su riqueza, sino por la tierra que mataban. También recordó a los vecinos que encontraron oro en su casa y murieron o los mataron, muchos locos, locos de ambición decían. Pero esas son historias nada más. ¿O no? Son historias al igual que lo que le contaban de sus ancestros. Afirmaban que se escuchaban las cadenas arrastrándose en las calles, todavía. Ella, negra mujer, no quiso recordar más. Se levantó de la silla y le bastaron cinco pasos para llegar a la cama. No quería pensar que afuera la gente se mataba por ideas, todavía. Pasa un zancudo y le pica en toda la sien. Lo maldice. Piensa en su marido, quien tuvo el descaro de morir después de cinco machetazos en la nuca, y lo maldice. Pensó también en los condenados que le habían dado los machetazos a su ma-

rído y los maldijo también. Luego escuchó el zumbido: no era un animal, no era una máquina. Supo enseguida lo que era. Vino a su mente la maldición del bendito cura sobre esas tierras, la anunciación de que las aguas desbordadas destruyeran lo que después nadie sembrara. «Maldición de cura no me llega al espinazo, me enseñó un gallinazo», dijo para sí. Mientras pensaba, el sonido se escuchaba más fuerte. No sintió miedo. Estaba cansada, cansada incluso para sentir miedo. Cuando el zumbido fue ya rugido, sintió un deseo incontenible de reírse, pero dijo, esta vez en voz alta: «¿Será tan salada mi suerte, que si se venga esa quebrada?». Cierra el libro. Ella, la que lee, se da cuenta de que al final todas son historias. Esta también. ¿O no? Calla un rato. Piensa. Recordó a la abuela de su abuela, miró a su pasado y al pasado. Pensó en el futuro también. «¿Se romperá algún día la maldición?», pregunta para sí. Ya es de noche. Los grillos parece que responden.

Karol Hernández, 25 años
Sopetrán, Occidente

N.º 10047

Título: La industria

2040, hoy me acordé de cuando las industrias eran solo un sueño, donde prevalecía la belleza del Urabá, con sus ríos, montañas que cuidábamos; donde todos eran un solo latido del corazón. Llegué al trabajo y me acordé de que había recorte de personal, ya que los dueños de la compañía habían comprado una máquina que organizaba los plátanos y los bananos; es muy triste ver que pensábamos que era la solución a nuestros problemas, que los nuevos puertos serían la solución a nuestros problemas, pero no contábamos con que todo lo malo se nos vendría encima, ya que traían gente de otras partes del país para trabajar y destruyeron los sueños de muchos de la región. Yo creo que hoy es mi último día, ya que para los jefes soy un vago que no hace bien su trabajo; y al final tienen razón, pero qué más da, de todas formas, me van a expulsar. Mejor me iré a tomar unos tragos en mi casa con olor a muerto, esa es la cultura de Urabá. No me acuerdo de qué día es hoy y voy al trabajo y me expulsan, se me había olvidado que me habían corrido; llego a mi casa y me doy cuenta de que lo que huele a muerto soy yo.

Jesús David Urrego Rengifo, 18 años

Apartadó, Urabá

¿Y si escribes tu cuento?

Sobre tus vivencias en Antioquia. Sobre amores y desamores. Sobre triunfos y derrotas. Sobre encuentros y pérdidas. Sobre ti, sobre tu familia, sobre nuestra región. Sobre eso que somos. ¡Tú decides!

Título:

Tu nombre

Tu municipio:

Anímate a participar en la próxima edición del concurso. Consulta las bases en www.cuentoantioquia.com y síguenos en las redes sociales @comfamaeducacionycultura



Este libro se terminó de imprimir entre ríos, bosque, selva,
valles y montañas en marzo de 2023 en Apotema S. A. S.;
con un tiraje de 10.000 ejemplares.



CONCURSO DE CUENTO

Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2022 •

ISBN: 978-628-7637-00-9



9 786287 637009



AGENDA ANTIOQUIA 2040
UNIDOS Construimos nuestro futuro



comfama